SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LAS DE ABEL

COMEDIA EN TRES ACTOS



MADRID
1926

LAS DE ABEL

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

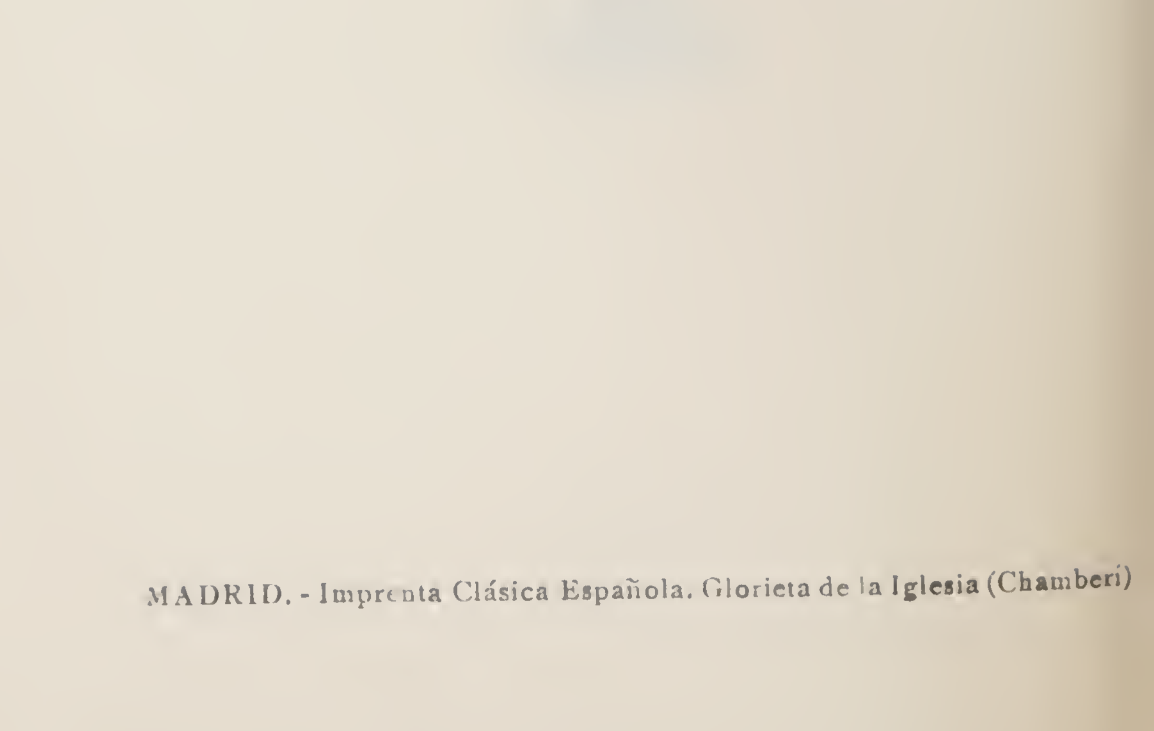
LAS DE ABEL

COMEDIA EN TRES ACTOS

Estrenada en el TEATRO DE LA INFANTA ISABEL el 3 de abril de 1926.



MADRID
1926



MADRID. - Imprenta Clásica Española. Glorieta de la Iglesia (Chamberí)

A nuestras innumerables amiguitas sin novio.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CABECITA	Amparo Martí.
LA PRIMA LEONOR	Angelina Vilar.
ELADIA	Esperanza Ortiz.
MANOLO	Adela Santaularia.
MARÍA NIEVES	Milagros Guijarro.
DELFINA YUGO	Mercedes Sampedro.
AMANTINA YUGO	María Brú.
PAULA	Pepita Serrano.
SIMPLICIA	Carmen Martí.
DON SALUSTIANO BELLO	Salvador Mora.
DON CECILIO VÉLEZ DE HINOJOSA	Arturo de La Riva
TEÓFILO	Pedro F. Cuenca.
AMADOR CASTÍN	Pedro Sepúlveda.
LINO	Antonio Suárez.
CONRADO	José María Gallardo.
DON INOCENCIO YUGO	Pedro Valdivieso.

ACTO PRIMERO

Gabinete de confianza en casa de don Salustiano Bello, en Madrid. Sendas puertas al foro y a la derecha del actor. Balcón a la izquierda. Por la izquierda del foro se va al recibimiento de la casa. Muebles un tanto viejos, bien cuidados. Camilla en el centro de la habitación, que le imprime carácter. Cuadros al óleo de paisajes, marinas y flores.

Aunque el señor Bello es archivero y bibliotecario, sus cuatro hijas ponen gran empeño en que el polvo de archivos y bibliotecas no ensucie su casa, excepción hecha del despacho de don Salustiano, que no tiene arreglo.

Es de día, en los comienzos del otoño.

Por la puerta del foro aparecen Conrado y Simplicia. Simplicia es doncella de la casa hace ya diez meses; Conrado es novio de una de las señoritas hace ya diez años.

CONRADO. He llamado dos veces, Simplicia; ¿es que no suena el timbre?

SIMPLICIA. A la cuenta no lo oí yo la primera vez, señorito Conrado. Como es domingo, ha salido la Julia y estoy yo sola. Y le estaba escribiendo a mi novio. Y se conoce que metida en la escritura...

CONRADO. ¡Ah, vamos! Le escribes a tu novio.

SIMPLICIA. Sí, señorito. Los días que no lo puedo ver... Mire usted qué callito se me está formando en este dedo.

CONRADO. Bien está, bien está.

SIMPLICIA. Claro que yo prefiero una conversación a quince cartas...

CONRADO. Bien está.

SIMPLICIA. Dispense el señorito. *Vase por la puerta del foro.*

Conrado va hacia la de la derecha, a tiempo que por ella sale don Salustiano, de sombrero y capa. Don Salustiano es hombre desordenado y deslucido. Nadie recuerda haberle visto estrenar un traje. Sus hijas, que sin duda salen a la madre en lo primorosas, lo han dejado por imposible, como a su despacho.

DON SALUSTIANO. ¡Hola, Conrado! ¿Qué haces aquí solo?

CONRADO. Acabo de llegar.

DON SALUSTIANO. Entra, entra. Allí las tienes de sobremesa todavía.

CONRADO. ¿Todavía? ¡A las cuatro largas de la la tarde!

DON SALUSTIANO. ¡Oh! Las mujeres cuando se ponen a charlar parece que no tienen que hacer otra cosa. Es una segunda alimentación. Además, hoy hay una novedad muy chusca.

CONRADO. ¿Sí, eh?

DON SALUSTIANO. Sí; Ya sabes que al cuarto de junto se han mudado estos días unas viejas.

CONRADO. Sí; las de Yugo, creo que se llaman.

DON SALUSTIANO. Eso: las de Yugo. Y parece —yo no estaba en el ajo—que traen consigo el sambenito de que en la casa en que ellas entran las muchachas se quedan solteras. ¡Je! ¡Y yo les he ofrecido mi casa! ¡Como vecino!

CONRADO. ¡Ja, ja, ja! Habrá que oír a las chicas entonces. Voy al comedor.

DON SALUSTIANO. Ya verás qué motín. Me han

perdido el respeto. ¡Han querido colgarme! Como si las pobres mías necesitaran de influjos extraños para no sacar novio. Les basta con no tener blanca... ¡ni gancho! Eso lo da Dios. Anda, anda allá. Yo voy un rato a la Biblioteca.

CONRADO. Pero ¿ni los domingos deja usted los papeles?

DON SALUSTIANO. Los domingos menos que nunca. Los contertulios domingueros de mis hijas—contigo tengo confianza—me causan el efecto de un día de niebla. ¡Son abrumadores!

CONRADO. Y ¿cómo sale usted de pañosa, con el sol que hace hoy?

DON SALUSTIANO. La primera que se ve en Madrid todos los otoños es la mía; y la última que desaparece todas las primaveras, también. Porque, es lo que yo pienso: debajo de una buena capa, cabe el archivo de Alcalá. ¡Mira cómo voy! *Abre la capa y se le ve lleno de papeles.*

CONRADO. Sí que va usted bien. Hasta luego. *Éntrase por la puerta de la derecha.*

DON SALUSTIANO. Hasta luego. Bueno, bueno; yo tengo la conciencia de que a mí se me olvida algo. ¿Qué diablo se me olvida? ¡Qué sé yo! Ya me acordaré cuando no haya remedio.

Sale vivamente Cabecita por la puerta de la derecha, y lo detiene. Es la tercera de sus hijas, bonita como todas, pero desde luego la más inteligente y energica de las cuatro.

CABECITA. Papá.

DON SALUSTIANO. ¿Qué quieres?

CABECITA. ¿Has hablado con ese?

DON SALUSTIANO. ¿Con quién?

CABECITA. Con Conrado.

DON SALUSTIANO. ¿Con Conrado?

CABECITA. Sí. ¿No has hablado con él?

Don Salustiano. ¿De qué?

Cabecita. ¿Cómo de qué? Pero ¿no quedamos anoche...?

Don Salustiano. ¡Ah, sí! Es verdad. Pues, chica, se me había ido de la cabeza.

Cabecita. ¡Pues yo no quiero que pase de hoy! ¡Vaya! ¡Es mucho cuento ya! Una de dos: ¡o se casa con Eladia, o la deja! ¡Llevan ya diez años de relaciones! ¡Lo mejor de la vida! Yo no sé si a Eladia se le acercará luego otro hombre; pero como no se le acerca es con ese pasmarote junto. ¡Eso no es un novio, papá: es una alambrada!

Don Salustiano. Mujer, pero si el muchacho no tiene medios...

Cabecita. ¡Pues que los busque!

Don Salustiano. Tú no sabes lo difícil que está la vida...

Cabecita. ¡Pues que se meta fraile; pero que no entretenga a una mujer tanto tiempo! Nada, nada; se lo dices así: herrar o quitar el banco.

Don Salustiano. Basta; se lo diré así. Lo ha ordenado Bismarck.

Cabecita. Sí; Bismarck lo ha ordenado ¿Adónde vas ahora?

Don Salustiano. A la Biblioteca, a distraerme un ratillo.

Cabecita. ¡Hoy no se trabaja!

Don Salustiano. Eso no es trabajar, muchacha. Esa es mi sobremesa: vosotras charláis y yo me meto en mis papeles.

Cabecita. Nosotras charlamos después de oír misa; y tú no la has oído.

Don Salustiano. ¿No la he oído?

Cabecita. ¡No!

Don Salustiano. ¡El domingo pasado oí tres! ¡Váyase lo uno por lo otro! Adiós, nena.

CABECITA. Anda con Dios. Hay que dejarte. ¡Pero luego le hablarás a Conrado!

DON SALUSTIANO. *Marchándose por la puerta del foro hacia la izquierda.* ¡Sí!

CABECITA. Inútil: no le dirá palabra. Tendré que decírselo yo.

DON SALUSTIANO. *Dentro.* ¡Pitillo! ¡Tanto bueno por aquí! ¡La prima guapa!

PRIMA LEONOR. *Dentro también.* ¡Hola, tío Salustiano!

DON SALUSTIANO. ¡Entra, entra, que en el comedor hay tela cortada!

CABECITA. Pero ¿está ahí la prima Leonor?

Sale la prima Leonor por la puerta del foro. Es viuda, joven... y guapa, naturalmente. Las feas no suelen enviudar.

PRIMA LEONOR. ¡Aquí está la prima!

CABECITA. ¡Tanto tiempo sin verte! ¡Descastada! ¡Ya no te esperábamos nunca! Dame un beso.

PRIMA LEONOR. Toma dos.

CABECITA. ¿Qué es de tu vida? ¡Una semana sin parecer!

PRIMA LEONOR. ¡Figúrate! ¡Que ya estoy harta de vosotras; tan feas, tan antipáticas! ¿Y las chicas?

CABECITA. En el comedor. Hoy hemos comido muy tarde.

PRIMA LEONOR. ¿Hay alguien con ellas?

CABECITA. Nadie: el de siempre.

PRIMA LEONOR. ¿Conrado?

CABECITA. El mismo: el parche poroso de la infeliz Eladia.

PRIMA LEONOR. Pero, chica, ese hombre...

CABECITA. ¡Oh! ¡No me hables! Yo ya he llegado a la irritación.

PRIMA LEONOR. Pues yo no vengo sola.

CABECITA. ¿Qué traes? ¿Un novio para mí?

PRIMA LEONOR. No tanto: eso es muy difícil. Los pollos han perdido el gusto. Pero traigo, para que me perdonéis mi ausencia de estos días, un poquito de escaparate en que luciros.

CABECITA. ¿Entradas para un *cine*?

PRIMA LEONOR. Más luz: un palco para Apolo esta tarde.

CABECITA. ¡Ay, Dios te bendiga! ¡Ahora soy yo la que te da dos besos! ¡Dios te bendiga! ¡Eres nuestro ángel tutelar! ¡Me aterraba pasar también este domingo como todos: viendo bostezar a Conrado junto a Eladia, y por toda esperanza de las demás, a Lino, hecho un basurero, y a Amador Castín *envenenándome* con sus ojos!

PRIMA LEONOR. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué buen humor tienes!

CABECITA. No lo sabes tú bien. *Desde la puerta de la derecha, gritando.* ¡Chicas! ¡chicas! ¡Venid acá! ¡Aquí está la prima Leonor, que nos trae un palco para Apolo! ¡Hay Providencia! *Volviéndose a la prima.* ¡Porque ya verás la que nos amenaza! Ahora te contaremos.

Por la puerta de la derecha van saliendo, una tras otra, Eladia, «Manolo» y María Nieves, las hermanas de Cabecita, semejantes a ella en encantos y en juventud, pero de diversos caracteres.

ELADIA. ¡Prima! ¡Bendito Dios! ¡Ya era hora!

PRIMA LEONOR. Cuando yo no he venido antes, chica...

Se besan.

ELADIA. Pero una mujer independiente, viuda y sin hijos, ¿qué tiene que hacer más que venir a ver a sus desventuradas primas?

CABECITA. ¿Adónde irá que más la quieran?

PRIMA LEONOR. Sois encantadoras. *A Eladia.* Ya sé que Conrado está bien.

ELADIA. Sí, hija, sí: no está mal. Ahora se ha puesto a acertar un rompecabezas.

CABECITA. La suya le rompía yo con un martillo para ver lo que tiene dentro.

PRIMA LEONOR. Puedes imaginártelo, mujer: el retrato de Eladia.

ELADIA. Ese temo yo que se le haya velado.

Sale «Manolo», llamada así en la casa por sus aficiones, su aire y su porte un tanto masculinos.

MANOLO. ¡Hola, prima simpaticona!

PRIMA LEONOR. ¡Manolilla!

MANOLO. Manolillo: no me pongas motes. *Dándole la mano.* ¡Chócala!

PRIMA LEONOR. ¡Qué divertida eres!

MANOLO. Me va muy bien con el cambio de sexo.

CABECITA. Don Manuel Bello y Vargas, auxiliar de Hacienda.

MANOLO. A mucha honra.

Sale María Nieves, la menor. Trae un muñeco, esmeradamente vestido. ¿Para dónde es el palco, prima?

PRIMA LEONOR. Para Apolo.

MARÍA NIEVES. *Besándola.* ¡Bendita sea tu cara! Llevaremos al teatro a Ramón.

PRIMA LEONOR. ¿A Ramón?

MARÍA NIEVES. Sí: a éste. Le he puesto Ramón. Es el último chico que he tenido durante tu ausencia.

PRIMA LEONOR. ¡Qué guapo es!

MARÍA NIEVES. ¡Como todos los míos!

PRIMA LEONOR. ¿Cuántos tienes ya?

MARÍA NIEVES. Tenía diez y siete; pero no me viven más que quince.

PRIMA LEONOR. Y ¿qué es del padre?

MARÍA NIEVES. En América, buscando negocios. No sé nada de él. Ni me preocupa.

CABECITA. Por eso tengo yo que vestir a los críos.

María Nieves. Di que no exagere; que los visto yo. Ella está ahora muy distraída haciéndoles unos gabancitos a los de la portera.

Cabecita. Verdad que sí.

Eladia. Y a los de la lavandera también.

Cabecita. Chica, yo les doy preferencia a los de carne y hueso.

Prima Leonor. ¡Es natural!

María Nieves. ¡Pues no estáis poco equivocadas! *Achuchando al muñeco.* ¡Rico mío! ¡A ti no te hace falta nadie, teniéndome a mí! Al último es al que más se quiere. *Risas.* Yo no me casaré; pero lo que es familia, ya dejo.

Prima Leonor. Y ¿por qué no te has de casar, criatura?

María Nieves. Porque en esta casa no se casa nadie.

Eladia. ¡Nadie!

Cabecita. Las criadas, y gracias.

Eladia. ¿Tú no sabes cómo nos han puesto en la Castellana, prima?

Prima Leonor. No. ¿Cómo os han puesto?

Eladia. *Las de Abel.*

Prima Leonor. ¿*Las de Abel*? ¿Por qué? ¿Por lo buenas?

Manolo. ¡Quiá! Nos lo han puesto porque papá se reúne en el Círculo con ese señor Caín, que se ha hecho famoso casando bien a todas sus hijas. Y les llaman *Caín y Abel.*

María Nieves. *Abel* es papá, que no es capaz de casar a ninguna.

Eladia. Conrado nos ha traído la noticia.

Prima Leonor. ¡Pues ya podía él empezar a desmentir el mote!

Cabecita. ¡Verdad que sí! Y por si nos faltaba algo...

ELADIA. ¿Le has contado a la prima...?

MARÍA NIEVES. Oye, ¿te ha contado...?

PRIMA LEONOR. ¿Qué?

CABECITA. ¿Quién crees que se nos ha mudado aquí junto? ¡Para remachar el sino de la familia!

PRIMA LEONOR ¿Quién?

MARÍA NIEVES. ¡Nadie! ¡Las de Yugo!

PRIMA LEONOR. ¿Las de Yugo? No las conozco.

ELADIA. ¿No conoces a las de Yugo?

MARÍA NIEVES. ¿No las conoces?

PRIMA LEONOR. No.

MARÍA NIEVES. Pues son dos viejas...

CABECITA. Son dos viejas...

ELADIA. ¡Son dos viejas contra el matrimonio, en una palabra!

PRIMA LEONOR. ¿Qué me decís?

MANOLO. ¡Ah! Es probado: en la casa en que entran las de Yugo, hay que despedirse de los casamientos.

PRIMA LEONOR. ¡Jesús, María!

MANOLO. A mí no se me da un comino, como comprenderás; pero estas desgraciadillas están muy alarmadas. Con razón. Porque no son ganas de hablar: las de Yugo espantan a los novios.

PRIMA LEONOR. ¿Como los gatos a los ratones, no? ¡Ja, ja, ja!

CABECITA. No te rías, que la cosa es muy seria. Figúrate que papá, que vive en la luna, ya les ha ofrecido nuestra casa. ¡Le ha faltado tiempo!

PRIMA LEONOR. ¡Ocurrencia es!

CABECITA. ¡Las cosas de papá! ¡Nosotras ya somos incasables, por no tener más que nuestro palmito!... ¡Por supuesto, lo que es aquí no entran las viejas!

ELADIA. ¡No es que no entran; es que hay que onseguir que se muden!

María Nieves. ¡Hay que echarlas!

Cabecita. ¡No faltaría más! ¡El gramófono nuestro lo vamos a poner pared por medio de la alcoba de ellas! ¡Y vengan discos hasta el amanecer! ¡La bacanal de *Tannhäuser*, a las cuatro de la mañana, nos va a dar mucho resultado!

María Nieves. ¡Y a las vecinas de arriba les vamos a decir que bailen cuanto puedan, para que se les fundan a las viejas todas las bombillas con la trepidación!

Eladia. ¡Y a la portera que no les ponga el ascensor ni por casualidad! ¡No funciona!

María Nieves. ¡Que suban a patita!

Cabecita. ¡O a gatas! ¡Hasta que se muden!

Prima Leonor. ¡Pobres señoras!

Cabecita. No las compadezcas, que son la langosta para nosotras, prima.

Manolo. ¡Ja, ja, ja! ¡Las cosas que discurren las mujeres rabiando por casarse!

María Nieves. ¡Que se calle el egoísta del funcionario público!

Eladia. Tanto como se las echa de despreocupada y de indiferente, y en su negociado tiene al personal con la baba caída; muerto por sus pedazos.

Manolo. Y eso ¿qué? Cuatro infelicillos que me adoran. ¿Puedo yo remediarlo, prima?

María Nieves. Di que hemos sabido que hay un temporero que le gusta a ella más de lo que declara.

Prima Leonor. ¿Hola? Manola, ¿esas tenemos?

Manolo. Me gusta; me gusta el muchacho; es simpatiquillo. Y se me ha declarado en regla, en un pliego de papel de oficio. ¡Pero yo le he contestado que le daré el sí cuando no me ponga faltas de ortografía! ¡Y va para largo!

Prima Leonor. ¡Ja, ja, ja! Bueno, andad a vesti-

ros para el teatro, que luego tardáis mucho. ¡Y que debemos antes dar un paseo!

ELADIA. Sí, sí.

MARÍA NIEVES. Anda tú, Cabecita, que eres la que más tarda. Nunca te ves compuesta.

CABECITA. ¿Yo? Mira quién lo dijo. Estaré lista diez minutos antes que tú.

MARIA NIEVES. ¡Estaban!

ELADIA. Yo me quedo todavía con la prima; que yo sí que me avío en un soplo.

MANOLO. ¡Como ya tienes hecha tu conquista!

Cabecita y Maria Nieves se van por la puerta del foro, hacia la derecha.

PRIMA LEONOR. ¿Y tú, Manola, vas a venir también?

MANOLO. No; yo, no.

ELADIA. Esta siempre hace rancho aparte.

MANOLO. Es que ayer me quedé citada con uno de los jefes en el *Bar Covadonga*, para pasar reunidos la tarde.

PRIMA LEONOR. Y ¿qué dice a eso el temporero?

MANOLO. Rabia de celos aparte el cuitadillo. ¡Que sufra! Hacerlos sufrir es la única misión positiva de las mujeres. Adiós, prima. Siento no ser hombre de veras. Te haría el amor. Se iba a acabar en un momento esa viudez absurda.

PRIMA LEONOR. Adiós, tipazo. ¡Y cuidado con ese pretendiente!

MANOLO. ¡Es más difícil de lo que parece la ortografía!

Se va por la puerta del foro, hacia la izquierda, entonando una coplilla popular.

ELADIA. Ahí la ves: el mundo es para ella: se echa encima su sueldo, sale y entra cuando se le antoja, no se ocupa poco ni mucho de la casa, y siempre está contenta.

PRIMA LEONOR. ¿Siempre?

ELADIA. Hasta ahora...

PRIMA LEONOR. Ya le llegará también su turno. ¿Y tú, qué? ¿Cuándo...?

ELADIA. Nunca, Leonor, nunca; ya estoy convencida... y resignada.

PRIMA LEONOR. Pero ¿es posible?... ¿Cómo te sometes a eso?

ELADIA. ¿Qué quieres que te diga, Leonor? Diez años de novios atan mucho. Me he acostumbrado a la compañía de ese hombre; a su sombra, que nunca me falta. Lo quiero; me quiere... y no sé más. Esta es la situación.

PRIMA LEONOR. ¡Qué posma! No te enoje que le llame posma.

ELADIA. ¿Qué me ha de enojar? ¡Posma y medio!

PRIMA LEONOR. Pero, ¿cómo no se decide?...

ELADIA. Porque no reúne lo bastante para que vivamos como yo vivo... y es hombre delicado... muy delicado...

PRIMA LEONOR. Y muy comodón.

ELADIA. Y muy comodón. No me dejaste concluír. Pero, además, no tiene buena suerte. Paciencia. Soy un preso que se ha hecho ya a la penumbra del calabozo; soy un pájaro al que le abren la puerta de la jaula y no se escapa... porque sabe que pronto ha de volver a la mano del dueño. Paciencia.

Llega por la puerta del foro don Celio Velez de Hinojosa. Viene de la calle. Es hombre como de cincuenta y tantos años, que parecen diez más, mundano, amable, fino, y que sobrelleva con buen humor su vejez prematura.

DON CELIO. Santas y buenas tardes.

PRIMA LEONOR. ¡Oh, don Celio!

ELADIA. ¡El papaíto honorario!

DON CELIO. ¡Hola, mocosilla! Leonor...

Prima Leonor. ¡Con qué gusto lo veo a usted siempre!

Don Celio. ¿A mí... usted?... ¿Qué tendría yo que contestarle? No tire usted tan pronto de los piropos, que conmigo no le hace falta.

Prima Leonor. Ya lo sé.

Don Celio. Ni con ninguna persona de buen gusto. *A Eladia.* ¿Y tus hermanitas?

Eladia. Vistiéndose para ir al teatro. Nos lleva la prima esta tarde.

Don Celio. ¡Oh, la prima! ¡Qué formas tan encantadoras le da la Providencia a la protección familiar!...

Prima Leonor. Hay que distraer a estas chicas, don Celio. Vete tú también a arreglarte, Eladia; que don Celio me hará compañía.

Eladia. Me parece muy bien.

Don Celio. Y a mí. ¡Pero me va a dar miedo!...

Eladia. Si acaso, pida usted socorro y alguna acudirá. *Vase por la puerta del foro, hacia la derecha, como sus hermanas.*

Prima Leonor. ¡Ay, don Celio! Genio y figura...

Don Celio. No lo crea usted, Leonor. Ese adagio es una tontería. La figura se destruye, se deforma, se pierde; y el genio... el genio se vuelve del revés. ¡Estoy muy viejo, amiga mía! ¡Y aún no he cumplido sesenta años! Pero estoy muy viejo.

Prima Leonor. Ya sabemos que esa es su *pose* de última hora.

Don Celio. Usted misma lo está diciendo: ¡de última hora!

Prima Leonor. Entiéndame usted bien: de última hora, en este caso, significa la más reciente.

Don Celio. Ya, ya. Pongamos de penúltima. ¡Qué desdicha es esto de envejecer! ¡Hasta subiendo en ascensor me canso ya, Leonorcita! Y ¡si viera usted qué desconsuelo causa ir perdiendo día por día, minuto por minuto, como caen los granos de arena de un reloj, o como caen una a una las hojas amarillas de un árbol, hasta dejarlo en esqueleto, vista, pulso, paladar, tacto, pelo, dientes!... ¡Horrible! ¡horrible! Además, nunca sabe uno del todo lo viejo que está, mientras no se ve frente a frente a una mujer tan guapa. ¡Canario, cómo viene usted hoy!

Prima Leonor. ¿Y usted, cómo viene?

Don Celio. Ya lo he dicho: hecho polvo.

Prima Leonor. ¡Pues no tiene usted edad para tanto!

Don Celio. Es que he vivido mucho... y siempre bien acompañado, amiguita; aunque nunca tan bien como lo estoy ahora.

Prima Leonor. ¡Vamos, don Celio, vamos!...

Don Celio. Vamos adonde usted me lleve... si me lleva en coche.

Prima Leonor. Como no tengo coche, nos quedaremos aquí a la camilla.

Don Celio. Bien; nos quedaremos aquí. Para mí, más vale. ¡Ay!... ¡Comprendo que los hombres suspiren constantemente por usted!

Prima Leonor. Ganas de suspirar, don Celio. ¡Posturitas también que toman ante lo imposible! ¿Es que no hay mujeres guapas y solteras por quienes suspirar? ¡En esta casa hay cuatro! Que me dejen a mí tranquila. Yo me casé una vez, fuí dichosa... quizá por lo mismo me duró la dicha poco tiempo, y no he de volver a casarme. A ningún otro hombre sabría querer.

Don Celio. ¿A ninguno?

Prima Leonor. A ninguno.

Don Celio. ¡Que tuviera yo veinte años menos!...

Prima Leonor. ¡Qué vanidad! Pero entonces me iba usted a coger recién casada con mi marido... y en la gloria.

De improviso aparece por la puerta de la derecha Teófilo, muchacho bien parecido y modesto, aficionado a los estudios de don Salustiano y colaborador suyo actualmente.

Teófilo. ¡Don Salustiano! Pero ¿y don Salustiatiano? ¡Ah! señora... Don Celio...

Prima Leonor. ¡Hola, Teófilo!

Don Celio. ¡Hola, amiguito!

Prima Leonor. No sospechaba que estuviese usted en la casa. Nada me han advertido las chicas.

Teófilo. Ya sabe usted que yo no cuento. Vine a mediodía a enredar un poco con don Salustiano; me quedé solo en su despacho, mientras él comía; me dijo que iría luego por mí para que saliésemos juntos... y hasta ahora. ¿Usted lo ha visto?

Prima Leonor. ¡Es de lo que no hay! Yo lo he visto salir de casa. Se iba a la calle cuando yo llegué, precisamente.

Teófilo. ¿Le parece a usted?

Don Celio. A lo mejor es que va de aventura galante... y le ha querido dar a usted esquinazo.

Teófilo. ¡No!

Prima Leonor. Pinta de aventura no llevaba, esta es la verdad.

Teófilo. Verán ustedes cómo lo encuentro en la Biblioteca. *En ademán de irse.* Con permiso.

Prima Leonor. *Queriendo detenerlo.* Por si acaso no da usted con él, si luego no tiene sitio mejor donde pasar la tarde, yo estaré con tres de estas chicas en un palco de Apolo. ¿Lo veremos a usted por allí?

Teófilo. Si me diese tiempo... complacidísimo.

Prima Leonor. Entresuelo, 12.

Teófilo. Muchas gracias. A los pies de usted. Adiós, don Celio.

Don Celio. Adiós, amigo mío.

Se va Teófilo por la puerta del foro, hacia la izquierda.

Prima Leonor. ¡El hombre misterioso!

Don Celio. Sí, por cierto.

Prima Leonor. El caballero encantado, que cae en una isla llena de mujeres, y nadie adivina de dónde viene, ni quién es él, ni adónde se dirige.

Don Celio. Yo conozco a un compañero suyo de casa de huéspedes, que lo tiene por un ente raro, estrambótico: come aparte de los demás, apenas cruza dos palabras con nadie, ¡se acuesta temprano!... ¡Vaya usted a saber!

Prima Leonor. No crea usted, yo le sigo la pista... Me interesa... porque se me figura buena persona... y creo que le gusta a Cabecita más de la cuenta.

Don Celio. ¿A Cabecita?

Prima Leonor. Y Cabecita a él. Pero todo por la vía subterránea; nada sale a la superficie. Yo, sin embargo, he advertido que, cuando se encuentran de pronto, él se pone pálido y ella colorada, sin que lo puedan evitar.

Don Celio. ¡Pues ya sale algo a la superficie! ¡Precioso rubor el de las mejillas femeninas! ¿No cree usted, Leonor, que las muchachas de ahora se ruborizan menos que las de antes?

Prima Leonor. ¡Lo mismo, don Celio! Sino que ahora es más difícil que se les vea.

Don Celio. Sí: la manita de gato... Y volviendo a Teófilo: este espejo de bibliotecarios y archiveros, ¿trabaja con Salustiano, por lo visto?

Prima Leonor. Sí. Es una colaboración a la que

yo le veo doble fondo. Así viene aquí con frecuencia... sin descubrir sus sentimientos.

Don Celio. Pero, en último caso, ¿qué inconveniente habría...?

Prima Leonor. No sé... Quizá no quiera comprometerse a nada hasta ver... El, sin duda, es hombre muy tímido.

Don Celio. Y ¿qué labor traen entre manos ahora? ¿Usted sabe?

Prima Leonor. Le he oído decir a Eladia que es algo así como un diccionario de artífices de Toledo.

Don Celio. ¡San Pedro me valga!

Prima Leonor. Este muchacho es toledano y creo que tenía ya reunidos muchos materiales interesantes.

Don Celio. Pero ¿cuándo emprenderá Salustiano una obra que despierte de veras la curiosidad y pueda venderse? Edita los libros para archivarlos. No en balde es archivero. ¿Usted ha leído el último?

Prima Leonor. Yo, no. ¿Cuál es?

Don Celio. «Puntos oscuros de la vida de Cenón Arcilla». ¿Qué idea tiene usted de Cenón Arcilla?

Prima Leonor. ¿Yo? ¡Ni la menor idea!

Don Celio. Pues igual le pasa a todo el mundo. Nadie lo conoce. ¡Y ese cuitado les dedica dos tomos nada menos a los puntos oscuros de su vida! ¡Como si toda ella no fuera un túnel!

Prima Leonor. ¡Pobre señor! No vive en la tierra.

Don Celio. ¡Ca! Es un habitante de Marte que nos han echado aquí para muestra.

Prima Leonor. El único libro suyo que creo que se vende es la «Guía Artística de los Templos Españoles».

Don Celio. Sí: ése sí se vende; me consta. ¿Usted lo tiene?

Prima Leonor. Me lo regaló usted.

Don Celio. Pues óigame en secreto, y no se lo diga usted a nadie, y mucho menos al autor. Cuantos ejemplares de esa obra encuentre usted en las casas de Madrid, o de provincias, o de América, y en las bibliotecas oficiales o particulares, son regalos mios.

Prima Leonor. Sí, ¿eh?

Don Celio. Sí, señora. Como el libro es caro, indirectamente ayudo así a esta casa... y a ese pobre diablo.

Prima Leonor. ¿Qué me dice usted?

Don Celio. Más de una vez ha llegado de la calle, en presencia mía, gritando con lágrimas en los ojos: —¡Aún hay patria! ¡Hoy se han vendido dos ejemplares más de la «Guía de los Templos»! ¡Y lo han celebrado en la mesa! ¡Por Dios, guárdeme usted el secreto este!...

Prima Leonor. Pero ¡es usted más bueno que el pan!

Don Celio. Soy algo más que bueno y menos que bueno. Soy cosa distinta. ¿Cómo le diré yo a usted lo que soy aquí? Soy... bien así como un padre platónico de estas niñas. Su madre me gustó a mí mucho. Me gustó, me gustó... Se lo dí a entender; no creyó en mis palabras; yo era un calaverilla sin juicio y Salustiano un hombre de orden... Hice un viaje de varios meses por el mundo... y a la vuelta me la encontré casada con él. Eran dichosos. Respeté aquella felicidad y fuí desde entonces el mejor amigo de esta casa. He visto nacer y crecer a las cuatro chicas... como si fueran algo mío: florecillas de un amor frustrado. Murió la madre, y a su muerte advertí que se despertaba en mi corazón un afecto desconocido. ¿No se puede sentir como padre sin engendrar?

Prima Leonor. ¡Ya lo creo! ¡Y como madre sin

concebir también! Los que no tenemos hijos en la vida, necesitamos inventarlos.

Callan. Permanecen los dos un punto como recogidos en su melancolía. Al cabo, don Celio exclama:

DON CELIO. En este instante, usted y yo podríamos decir algo de la elocuencia del silencio.

PRIMA LEONOR. ¿Cree usted?... ¡Ay!... Me ha entristecido la conversación. Voy allá dentro a darles a las chicas prisa.

DON CELIO. Ahora es usted la que me tiene miedo a mí.

PRIMA LEONOR. *Jovialmente.* Sin duda ninguna. *Vase por la puerta del foro, hacia la derecha.*

DON CELIO. *Canturreando.*

La viudita, la viudita,
la viudita «no» se quiere casar...

No se quiere casar, no; no quiere casarse. Y no se casa. *Queda pensativo, acariciando ideas muy íntimas.*

Vienen por la puerta del foro, de la calle, y acompañados de Simplicia, Amador Castín y Lino. Amador es un hombre dichoso y maduro; del todo maduro y del todo dichoso. Vive de sus rentas y se perfuma como una dama. No se cambia por nadie porque está seguro de salir perdiendo en el cambio. Lino es un jovenzuelo perito electricista de profesión, buscavidas y amigo de la casa desde la niñez. Tiene un carácter singular: puede tocarle la lotería y referirlo con indiferencia; pero si lo atropella un coche, por ejemplo, se lo contará a todo el mundo muerto de risa. En su porte es bastante adán.

SIMPLICIA. Pasen los señores.

Don Celio. ¿Quién? ¡Amigos míos!

Amador. ¡Querido Vélez! ¡Los abonados domingueros!

Don Celio. ¡Querido Castín! Dios le guarde, pollo.

Lino. Para servir a usted. ¿Cómo va esa salud?

Don Celio. Peor que la de usted. Se nos marchan al teatro las chicas.

Amador. ¿Ah, sí?

Lino. ¿A qué teatro?

Simplicia. Las he oído *de* decir que *al* Apolo.

Don Celio. Sí; a Apolo. Ha venido a invitarlas la prima Leonor. Y yo voy a escribirle que no me espere a un amigo que me esperaba, y les dedicaré la tarde. Voy al despacho de Salustiano. Hasta ahora. *Vase por la puerta de la derecha.*

Amador. Hasta ahora. *A Simplicia.* Avísales tú a las señoritas.

Simplicia. Ya mismo. Pero querría preguntarle una cosa, don Amador, y usted dispense el atrevimiento.

Amador. Tú dirás, muchacha.

Simplicia. ¿Cómo se escribe azúcar?

Lino. Eso, según la clase.

Amador. No, no. Lo pregunta en serio.

Simplicia. En serio, sí, señor. Es para una carta a mi novio.

Amador. ¡Digo! Pues azúcar se escribe así; fíjate: a, zeta, u, ce, a y ere. La u, acentuada, por supuesto.

Simplicia. ¿Y la a, mayúscula?

Amador. Según.

Lino. ¡Claro! según la clase. Lo que yo te decía.

Amador. Por tomar a broma estas cosas, querido Lino, hay por ahí más de un analfabeto. *A Simplicia.* Si empiezas párrafo, ponlo con mayúscula.

Lino. ¡Azúcar de pilón!

Amador. Y si no, con minúscula.

Lino. ¡Azúcar terciada!

Simplicia. Muchas gracias, don Amador. *A Lino.* ¡Nadie nace sabiendo! *Vase por la puerta de la derecha, recordando las letras de la palabra.* A, z, u...

Amador. Será cosa de ir también al teatro, ¿no?

Lino. Sí; ¿dónde mejor? Si queremos charlar con las chicas... Pero yo no estoy presentable... *Mirándose, un poco avergonzado.* ¿Estoy presentable, Amador?

Amador. Eso lo ha debido usted considerar antes de venir a la casa.

Lino. ¡Hombre, no es lo mismo venir a una casa de confianza que ir a un teatro! *Riéndose mucho, como siempre que cuenta algo que lo desdora.* ¿Usted no sabe que una noche me echaron las chicas de un palco que ocupaban en la Princesa?

Amador. ¡No! ¡Tiene gracia!

Lino. ¡Mucha! No fué culpa mía. Yo iba más decentito de lo que suelo; pero en la calle del Almirante me salpicó un coche de barro y me puso perdido.

Amador. ¿Y se presentó usted en el palco?...

Lino. ¡Con todo el barro encima!

Amador. ¡Y lo echaron a usted!

Lino. ¡Naturalmente! ¡Además era día de moda! Fué un lance completo. ¡Me pasé la noche con la *claque*! ¡Ja, ja, ja!

Amador. No sé cómo se ríe usted de esas cosas, Lino. Debiera usted cuidarse un poco más: cepillarse siquiera, afeitarse a diario...

Lino. ¡Me pide usted unos esfuerzos!... ¿Usted amanece ya afeitado, Castín?

Amador. ¡No, señor! Me afeita siempre, después que tomo el baño, mi ayuda de cámara. ¿Y usted, se acuesta vestido y con las botas puestas?

Lino. Algunas noches, sí, porque llego a casa medio muerto. ¡Trajino yo mucho para ganarme las pesetas, amigo mío! Yo no tengo ayuda de cámara. Ni quien me ayude a nada, tampoco. Eso se queda para los ricos, como usted.

Amador. Pero, bueno, cuando se frecuenta una casa ajena con pretensiones de cierta índole...

Lino. ¡El de las pretensiones es usted!

Amador. ¿Y usted, no?

Lino. Las de usted son más visibles que las mías. Y más concretas. Sobre que estas muchachas no creo que se sorprendan mucho de que un hombre sea tan desaliñado como yo; ¡porque mire usted que don Salustiano!... Don Salustiano se acostumbra a usar un sombrero o unos pantalones y hacen falta rogativas en la Parroquia para que los deje. El célebre pantalón a rayas va a pasar al Museo Arqueológico.

Amador. Ya no; se lo ha dado Cabecita al trapero.

Lino. ¿Para los domingos?

Amador. A mí me asombra que su mujer, que era una plata, se acostumbrase nunca... Verdad que se murió muy joven. ¡Y las chicas salen todas a ella! ¡Tan pulidas siempre, tan limpitas, tan primorosas!... ¡Esa Cabecita vale un imperio!

Lino. ¡Lo vale! ¡Y usted lo dice con un entusiasmo!...

Amador. ¡Ja, ja, ja! Vamos a ver, Lino, en confianza: yo no puedo ocultarle a usted... ni a usted ni a nadie; la llama es delatora: ¿usted le ha oído a Cabecita en alguna ocasión el concepto que le merezco?

Lino. ¡Sí, hombre! ¡Y se lo he dicho a usted veinte veces! Cabecita siente por usted la estimación que todos en la casa.

AMADOR. ¿Sí, verdad?

LINO. Yo creo que sí.

AMADOR. Pero bien; en otro terreno...

LINO. ¡En otro terreno es cosa distinta!

AMADOR. *Preguntando y afirmando a la par.* ¿Usted cree que si yo me lanzase... ¿eh?... si yo me lanzase... sería bien recibido?...

LINO. ¡Ah! Tocante a eso, amigo mío... ¡Cualquiera responde!...

AMADOR. ¡Es que a mí no me han dado calabazas nunca! ¡Nunca! ¡Ni me las darán! Yo voy siempre sobre seguro. ¡Siempre! Y a mí me parece que esta chica, dada su posición modesta, dadas mis cualidades... Un hombre bien portado, rico, pulcro, joven todavía...

LINO. ¡Ejem!

AMADOR. Sin tos, sin tos: joven todavía. Más joven que usted, aunque tenga cuarenta años; porque la basura envejece mucho. Un hombre sano, un hombre elegante, un hombre despierto, un hombre que no es ningún tonto... ¿A qué más puede aspirar esta chica? ¿Eh? ¿Qué me dice usted?

LINO. ¡Yo, nada; se lo dice usted todo!

AMADOR. Pero ¿no es razonable esto que yo digo?

LINO. ¡Claro que es razonable! Ahora, que...

AMADOR. Y como yo he querido siempre ¡siempre! que mi mujer, si llego a contraer matrimonio, tenga menos dinero que yo...

LINO. ¡Caray!

AMADOR. No tenga dos pesetas, a ser posible, para no verme nunca ante ella en situación de inferioridad...

LINO. ¡Ah! ¡Pues en ese aspecto no encuentra usted otra! ¡En esta casa no hay dos reales!

AMADOR. ¡Que es lo que yo busco, justamente!

¡Lo que yo busco! De manera que usted opina que si me dirijo en serio a Cabecita, voy bien.

Lino. Sí, señor; va usted bien.

Amador. Eso es también lo que opino yo. Me complace que estemos de acuerdo. Porque yo no soy ningún pavo y gusto siempre de asesorarme, antes de proceder, de las personas de la intimidad de la familia. Y ¿quién mejor que usted?... ¡A mí no me han dado nunca calabazas! ¡Nunca! ¡Cuánto me anima su opinión favorable!

Se asoma a la puerta del foro, como a ver si viene su adorado tormento, mientras Lino dice entre sí:

Lino. ¡Nada! ¡No hay más remedio que opinar como él! ¡Es un procedimiento como otro cualquiera para cargarse de razón!

Amador. Y usted, Lino, ¿qué tal lleva sus pretensiones?

Lino. Mis pretensiones son muy vagas, Castín... Claro que me atrae un poco Manolilla... ¡O *Manolo*, como aquí la nombran!...

Amador. ¡Ah, Manolo!

Lino. Pero sin que yo pueda precisar; sin que le haya puesto los puntos todavía...

Amador. ¡No lo entiendo!

Lino. ¡Es natural! Porque usted es una cuadrícula y yo un desgarrón. Difícilmente entenderá usted algunas cosas mías. ¿Concibe usted que a mí me dé lo mismo casarme en esta casa con una que con otra?

Amador. ¡Jesús, qué disparate! ¿Niega usted la atracción personal, la simpatía?

Lino. Nada de eso. ¡Es que me gustan casi igual las cuatro! Yo, amigo Amador, o me caso en esta casa, o no me caso nunca. Para eso del casorio no me inspiran confianza más que estas hermanitas. Todas las demás mujeres que conozco me parecen un poco bailarinas al lado de estas. ¡Y yo no me llevo a mi

casa una bailarina! ¿Para qué? En cambio, una de estas chicas, encantado. Desde niño entro aquí: las he visto a todas horas y de todas maneras... arregladas y sin arreglar... ¡No hay engaño posible! ¡Yo sí que voy sobre seguro! Cabecita, despeinada, está para comérsela.

Amador. ¡Oiga usted!

Lino. Y Eladia, Eladia, si no tuviese junto a ese sinapismo... Pues ¿y Manolo? De otro modo que Eladia, ¡vaya una mujer para un hombre! ¡Con todos sus alardes masculinos! Y por lo que toca a María Nieves, ¡vamos!... ¡María Nieves es un bombón! Así es que me dirigiré primero a una, a ver si me quiere; si me dice que no, me dirijo después a otra... y así hasta apurar la colilla.

Amador. ¡Hombre, la colilla! ¡Qué lenguaje!

Lino. Bueno, ¡el caramelo! ¡Lo que usted quiera! Porque, mire usted, Amador, reconozcamos que casarse es una atrocidad; ¡pero hay que casarse!

Amador. ¿Una atrocidad?

Lino. ¡Una atrocidad!

Amador. Entonces ¿por qué considera usted que haya que cometerla?

Lino. Porque hay otra mayor: ¡no casarse!

Amador. ¡Ah, vamos!

Lino. ¿Se entera usted? De manera que a cerrar los ojos... ¡y a ello!

Amador. ¿Con los ojos cerrados?

Lino. ¡El amor es ciego de nacimiento!

Amador. Yo no creo en esa ceguera: el amor verdadero es clarividente a todas luces.

Lino. ¡Ca, hombre, ca! Lo más que le concedo a usted es que sea tuerto, porque esté guiñando; pero vista cabal no tiene.

Vuelve Cabecita por la puerta del foro, dispuesta ya para ir al teatro.

AMADOR. ¡Oh! ¡Cabecita!

CABECITA. ¡Don Amador!

AMADOR. ¡Sin don, por la virgen del Carmen!

CABECITA. Bien, Amador. ¿Qué tal?

AMADOR. Ahora mismo, en el estado del embeleso.

CABECITA. ¡Jesús! ¿Y tú, Lino?

LINO. Ya me ves: como siempre.

CABECITA. Es verdad: como siempre. No te doy la mano porque me vas a ensuciar los guantes.

AMADOR. ¡Ja, ja, ja! ¡Qué salada!

LINO. Sí, muy salada; pero siempre me dice lo mismo. ¡Se repite mucho!

CABECITA. Enmiéndate tú y cambiaré.

AMADOR. ¡Qué lindo vestido y qué lindo sombrero, Cabecita!

CABECITA. Los estreno hoy. Acabo de recibirlos de *Madame Chez-Nous*. Ya sabe usted que es nuestra modista.

AMADOR. ¡*Madame Chez-Nous!* ¡Está bien! ¡está bien!

LINO. ¡Vaya si está bien!

AMADOR. ¿Van ustedes a Apolo, verdad?

CABECITA. A Apolo. Palco entresuelo, 12.

AMADOR. Pues voy yo ahora mismo a ver si encuentro una butaquita bien situada. ¿De dónde quiere usted los bombones? ¡No pueden faltar!

CABECITA. Me gusta que me adivinen el pensamiento.

AMADOR. ¿En todo?

CABECITA. En todo.

AMADOR. En el capítulo de bombones no es difícil.

LINO. Yo no compro butaca; yo iré al palco un ratillo.

CABECITA. Si te afeitas primero.

LINO. ¿Afeitarme? Pero ¿tú sabes cómo están los domingos las peluquerías? ¡Así de gente! ¡Hay que guardar turno!

CABECITA. Pues con barba de tres días no entras en el palco.

LINO. Entraré durante la representación, que apagan las luces, y me saldré al pasillo en los entreactos. ¿Te parece bien?

CABECITA. No; lo que es así no entras.

LINO. ¡Bueno va! ¡La han tomado conmigo! A la fuerza afeitan, Amador. ¿Vámonos?

AMADOR. Vámonos.

CABECITA. Pero sepárese usted de él en el portal, no lo tomen por un sablista si los ven juntos.

AMADOR. ¡Ja, ja, ja! Hasta luego.

CABECITA. Hasta luego.

LINO. ¡No me vas a conocer cuando me veas en el teatro!

CABECITA. ¿Que no?

LINO. ¡No! ¡Porque ya aprovecho también para pelarme! ¡Un día es un día!

Se ríen los tres. Amador y Lino se marchan.

CABECITA. ¡Ay, Dios mío! Este Amador... este don Amador... ¡Ay, Dios mío!

Sale Conrado por la puerta de la derecha.

CONRADO. Siempre eres tú la primera que se viste.

CABECITA. Siempre. Eladia se entretuvo antes con a prima. ¿Vendrás al teatro con nosotras, por supuesto?

CONRADO. ¡Claro! Nos aburriremos allí en vez de aburrirnos en casa.

CABECITA. Pero, ¡hombre! ¡Qué cosas dices! ¡Te aburres al lado de tu novia!

Conrado. ¡Se aburre ella al mío... y de verla aburrirse me aburro yo! Pero así son las cosas.

Cabecita. Eso tienen los noviazgos muy largos.

Conrado. Sí; se anticipan los acontecimientos... Bueno, no me hagas caso hoy. Los domingos no se han hecho para mí, Cabecita. A medida que avanza el día ¡me pongo de un humor.. de un gris!... Ni yo mismo puedo aguantarme.

Cabecita. Menos mal que te aguanta Eladia.

Conrado. Menos mal. Ya me conoce el genio.

De pronto llega don Salustiano.

Cabecita. *Sorprendida.* ¡Papá! ¿Ya de vuelta?

Don Salustiano. Sí, hija mía. Al salir llevaba la sospecha de que se me olvidaba una cosa. ¡Y eran tres, nada menos!

Cabecita. ¿Ah, sí? ¡Milagro!

Don Salustiano. Sí. Una carta muy importante que escribí anoche; las gafas, sin las que estoy perdido, y recoger a Teófilo, que me estará aguardando en el despacho.

Cabecita. ¡Teófilo se marchó en tu busca a la Biblioteca Nacional!

Don Salustiano. ¡Pitillo! Pues allá vuelvo yo en seguida.

Cabecita. Bueno; pero antes, ya que por casualidad has venido y está aquí éste, hablarás con él.

Conrado. ¿Conmigo?

Cabecita. Contigo, sí; tiene que hablar contigo.

Conrado. ¿Tiene usted que hablar conmigo, don Salustiano?

Don Salustiano. Ya lo oyes.

Conrado. Pues estoy a su disposición.

Don Salustiano. Lo mismo da ahora que más tarde.

Cabecita. No; ahora, ahora. ¿A qué esperar más? ¿No me dijiste ayer que de hoy no pasaba? Pues la

ocasión la pintan calva, papá. Os dejo que habléis.

Vase por la puerta del foro, hacia la derecha.

Conrado. No sé qué pensar de esto, don Salustiano. ¿Debo inquietarme?

Don Salustiano. ¡No!

Conrado. Usted me dirá, entonces...

Don Salustiano. No es nada de particular, no te creas... Siéntate, siéntate. *Deja capa y sombrero y se sienta también.* Cuando a las mujeres se les mete algo en la cabeza... Sobre todo si la cabeza es la de Cabecita...

Conrado. Usted me dirá.

Don Salustiano. Pues, chico... El caso es que... ¿No te figuras nada?

Conrado. Nada.

Don Salustiano. ¿Quieres un pitillo?

Conrado. ¡Si no fumo, don Salustiano!

Don Salustiano. ¡Es verdad; que no fumas! Bueno, pues... ¡Es tan violento plantear ciertas cuestiones!... Estas mujeres... Y yo que de diplomático no tengo ni una uña... ¿No te figuras nada?

Conrado. Empiezo a figurarme algo, don Salustiano.

Don Salustiano. A ver: ¿qué te figuras?

Conrado. Diga usted, diga usted. Malo será que no se trate de otra nueva edición de una escena antigua.

Don Salustiano. Caliente.

Conrado. ¿Cómo?

Don Salustiano. Eso que se dice en el juego del escondite, cuando uno se aleja o se acerca... Frío, frío... caliente, caliente...

Conrado. ¿No digo? ¿Algo sobre mis relaciones con Eladia, verdad?

Don Salustiano. ¡Que te quemas!

Conrado. ¿Me quemo? ¿Es esa la cuestión?

Don Salustiano. Sí, hombre... Y debes com-

prender que, en el fondo, hay un fundamento, una base... Hace días que noto revuelto el cotarro... Mis hijas, las pobres, no tienen suerte... y sueñan con que una de ellas haga hilo, como suele decirse, creyendo que detrás de esa van a ir las demás. Y como tú tienes en tu mano el cabo de ese hilo...

Conrado. Pero, don Salustiano, ¿otra vez?

Don Salustiano. Sí, hijo, sí; otra vez... Yo, por mí, nada te diría nunca... Pero ellas, ellas ven las cosas de distinta manera...

Conrado. ¿Eladia también?

Don Salustiano. ¡También! ¡Qué se yo, hijo; qué sé yo! El caso es que la atmósfera se carga aquí de cuando en cuando; se forma como una tormenta femenina en la casa... y ¡claro está! descarga siempre sobre los hombres... Tenemos ahora mismo el rayo encima de nuestras cabezas, cada uno por su estilo. ¿Qué piensas tú?

Conrado. ¿Sobre qué?

Don Salustiano. Sobre esto... sobre tu caso... sobre tus relaciones... ¿Estamos como estábamos? ¿No ves salida fácil... y próxima al callejón en que te hallas metido? En una palabra, y dejando a un lado retóricas: ¿tú piensas casarte con Eladia?

Conrado. ¡Claro que sí! ¿No lo sabe usted?

Don Salustiano. Sí, si lo sé; pero... ¿como cuándo?

Conrado. ¡Como cuándo! ¡Mentira parece que me haga usted más esa pregunta!

Don Salustiano. ¿Mentira parece, verdad? Es que como lleváis diez años perdiendo el tiempo...

Conrado. ¡Y llevaremos veinte!

Don Salustiano. ¿Veinte?

Conrado. Como Dios no lo remedie, ¡a ver! ¿O es que usted cree que yo no me caso porque no me da la gana de casarme?

Don Salustiano. No; eso, no...

Conrado. ¿O porque no quiero lo bastante a su hija?

Don Salustiano. ¡Eso, menos aún!

Conrado. ¡Entonces!... Comprenda usted que a mí me duele mucho que se me enjuicie a cada paso, que se me fuerce... que se piense que necesito estímulos... ¿Usted cree que con quinientas pesetas mensuales que yo gano, se puede hoy día mantener decorosamente a una mujer?

Don Salustiano. ¿Con quinientas pesetas? ¿Hoy? ¡Ni a una gata!

Conrado. ¡Entonces! ..

Don Salustiano. No; pero si ahí está el mal... Ellas dicen... ¡claro!... con razón en parte, con razón...

Conrado. ¿Qué dicen?

Don Salustiano. En parte nada más... Razones mujeriles, después de todo... «¿Y si no tenía... si no tenía... para qué...?» Es injusto, yo lo considero... Pero las mujeres, en su punto de vista... hazte cargo tú... Además, añaden, acaso más fundadamente... que el maná no baja del cielo; que hay que buscar las cosas...

Conrado. ¡Eso es lo que más me subleva! ¡Como si yo me hubiese cruzado de brazos ante mi situación! ¿Qué culpa tengo yo de esta estrella mía? ¡Acuérdese usted de aquellas oposiciones famosas!

Don Salustiano. ¡No me quiero acordar!

Conrado. ¡Me quedé sin un cuarto; me quedé en la espina, y me quedé en la calle a última hora!

Don Salustiano. ¡Pues óyelas a ellas! «Que si hubieras estudiado de firme; que si te hubieras interesado de veras...»

Conrado. ¡No me quedaba otra cosa que oír! ¡Y ni comía, ni dormía, estudiando!... ¡A usted le consta!

Don Salustiano. Cuando una tempestad le coge

a uno en medio del campo, no hay que arrimarse a árbol ninguno; hay que tirarse al suelo y aguantar la nube. Y esto me pasa a mí muchas veces; yo te defiendo contra el rayo, Conradito; pero ¿quién me defiende a mí?

Conrado. ¡Maldita sea mi estrella! ¿Y aquél destino particular que me duró tres días? ¿Y el Banco, que quebró cuando yo iba a ingresar en él?

Don Salustiano. No, si no te falta razón tampoco... Pero, considéralo... así no es posible seguir mucho tiempo. Mi hija pierde ocasiones... pierde juventud... pierde...

Conrado. ¿Adónde va usted a parar? ¿A que yo deje a Eladia?

Don Salustiano. *Tímidamente.* No...

Conrado. ¡Sí! Vea usted primero si ella está dispuesta a dejarme. ¿Para qué vamos a repetir el juego? ¿Para no sosegar en unos días, ni ella ni yo? ¿Para que ella luego levante alguna vez el visillo de su balcón, a ver si yo paso por la calle? ¿Para pasar yo a mi vez por la calle a ver si ella levanta el visillo? ¡No, don Salustiano! ¡Más escenas de ese género, no! ¡Darse malos ratos en tonto, no! ¡Niñerías, no!

Don Salustiano. ¿Niñerías, no? Algo se me ocurre sobre las niñerías... que me callo ahora.

Conrado. En resumidas cuentas...

Don Salustiano. En resumidas cuentas, que tenemos que armarnos de paciencia todos; que Eladia y tú no podéis vivir ya sin veros a diario... y que no os casaréis en la vida.

Conrado. ¡No me diga usted eso!

Don Salustiano. ¡Tú verás!

Conrado. Me voy a la calle. Necesito airearme un poco. Me duele la cabeza y se me ha puesto un sabor de boca de todos los diablos. Dígales usted a las chicas que en Apolo apareceré.

Don Salustiano. Anda con Dios, hombre.

Conrado. ¡Y ya veremos lo que pasa! *Se marcha presuroso por la puerta del foro, hacia la izquierda.*

Don Salustiano. ¿Lo que pasa? ¡Como si yo no lo supiera! Enfermedad crónica: no mata, pero no se cura. Estoy seguro del diagnóstico. ¡Y la enferma se ha acostumbrado al mal, que es lo peor!

En la puerta del foro van asomando, sucesivamente, Cabecita, la prima Leonor, María Nieves y Eladia, ataviadas para el teatro. Le dicen a don Salustiano dos palabras de despedida cada una y desaparecen hacia la izquierda.

Cabecita. ¡Andad, niñas, por los Clavos de Cristo! ¡No os entretengáis más!

Prima Leonor. ¡No os miréis más al espejo, que vais muy monas!

Cabecita. ¿Y Conrado, papá?

Don Salustiano. Luego irá al teatro. Ya te diré...

Cabecita. ¿Le habrás calentado las orejas?

Don Salustiano. Ya te diré...

Prima Leonor. ¡Vamos, vamos! Tío Salustiano, adiós.

Don Salustiano. Adiós, gala de la familia.

Cabecita. Adiós, papaíto.

Don Salustiano. Adiós; que os divirtáis.

María Nieves. Hasta luego, papá. Si no saco un novio esta tarde, no lo saco nunca.

Don Salustiano. ¡Je!

Eladia. Oye, ¿y Conrado? ¿No estaba contigo?

Don Salustiano. Sí. Me ha dicho que por allí parecerá.

Eladia. ¡Qué raro! Quedó conmigo en esperarme...

Don Salustiano. No sé qué cosa tenía que hacer...

Eladia. Tú, ¿qué le has dicho? ¿Se ha ido disgustado, quizá?

Don Salustiano. ¡Ca! No te preocupes. Márchate tranquila y aguárdalo allí. No tardarás en verlo.

Eladia. ¿De veras?

Don Salustiano. De veras, tonta; no te alarmes. ¡Tienes Conrado vitalicio!

María Nieves. ¡Vamos, Eladia! ¿Llevas los gemelos?

Eladia. Sí.

María Nieves. Hasta después.

Eladia. Hasta después.

Por la puerta de la derecha vuelve en esto don Celio.

Don Salustiano. ¡Hombre! ¿Estabas tú ahí?

Don Celio. Sí; escribiendo una carta. Ahora me constituyo en guarda de honor de tus hijas y de la prima.

Don Salustiano. ¡Qué bueno eres! Locas de ilusión van las pobres imaginando que en cada localidad del teatro va a haber esta tarde un príncipe ruso, destinado a cada una de ellas. ¡Pobres mías! Son de las que han nacido para no casarse. . y no piensan en otra cosa.

Don Celio. Pero, ¡hombre, por Dios! ¡Qué pesimismo! ¿Por qué no se han de casar?

Don Salustiano. ¡Porque *las de Abel* no se casan!

Don Celio. ¡Bah! ¡bah! ¡Qué tontería!

Don Salustiano. ¡Y me lo dices tú, que eres hombre de mundo!

Don Celio. Te dejo con tu nube negra. ¡Eso es lo que sacas de las telarañas y del polvo de los archivos! Hasta mañana.

Don Salustiano. Adiós.

Don Celio. ¡Voy a unirme a la belleza y a la juventud! ¡A ver si se me pega algo!...

Don Salustiano. ¿Qué se te ha de pegar? ¡Ah! ¡Escúchame!

Don Celio *Volviéndose a el, en la misma puerta del foro.* ¿Qué?

Don Salustiano. ¡Ayer se ha vendido un ejemplar más del libro de los «Templos»!

Don Celio. ¿Sí?

Don Salustiano. ¡Sí! ¡Pican de vez en cuando, pican!

Don Celio. ¿Ves tú, hombre? ¡No hay que ser pesimista nunca! ¡Adiós! *Vase tras las muchachas.*

Don Salustiano. ¡Adiós! *Olvidándose súbitamente de cuanto le rodea y volviendo a reinar en lo suyo.* ¿A qué vine yo a casa ahora?

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Es a media tarde, en diciembre.

Aparecen sentadas a la camilla Cabecita, Eladia y María Nieves. Eladia lee una novela en la revista «Cultura Femenina». Las otras dos hacen labor de estambre. Silencio. Don Salustiano, que pasea distraído por toda la casa, sale luego por la puerta de la derecha y se va hacia la izquierda por la del foro, canturreando.

DON SALUSTIANO.

La donna è mobile
cual piuma al vento...

CABECITA. ¡Lo que se aburre ya papá sin Teófilo!

MARÍA NIEVES. Casi tanto como Eladia sin Conrado.

CABECITA. No; Eladia se aburría más con Conrado junto.

ELADIA. ¿Queréis dejar en paz a Conrado y a Eladia?

Nuevo silencio.

MARÍA NIEVES. ¿Oyes, Cabecita?

CABECITA. ¿Qué?

MARÍA NIEVES. El altavoz de las de Yugo.

CABECITA. Sí; si por eso anda papá cantando *La donna è mobile...*

MARÍA NIEVES. Esas viejas no se privan de nada.

ELADIA. *Soltando la revista con graciosa contrariedad.* ¡Bueno! Se continuará. ¡Espere usted así hasta la semana que viene! ¡No vuelvo a leer una novela sin tenerla toda!

MARÍA NIEVES. ¡Ni yo!

CABECITA. Sí que son antipáticas estas esperas de ocho días.

MARÍA NIEVES. Sobre todo cuando las novelas tienen tanto interés como ésta. ¡Mira que es bonita!

ELADIA. ¡Un encanto!

MARÍA NIEVES. Y muy agradable de lectura. A mí me gustan las novelas así: con poca *prosa* y con mucha conversación.

CABECITA. A mí, sobre todo, que no se adivine el desenlace.

ELADIA. Pues, lo que es en ésta, se ve bien claro.

CABECITA. ¿Claro lo ves tú?

ELADIA. ¡Y tan claro! El marquesito se casa con Elena; eso no lo dudes.

CABECITA. ¡Quiá!

MARÍA NIEVES. ¿Como quiá? Yo estoy con Eladia.

CABECITA. Ese marquesito es un golfo y esa chica no lo puede querer.

ELADIA. ¡Qué tonta! ¡Pues ahí está la gracia!

CABECITA. ¡Si no es por eso sólo; si es que a Elena el que le gusta de veras es Guillermo Herrán!

Vuelve don Salustiano por la puerta del foro, y a poco se detiene con la boca abierta ante la extraña conversación de sus hijas.

ELADIA. ¿Guillermo Herrán? ¿Qué ha de gustarle a Elena? ¡Guillermo Herrán está comprometido!

CABECITA. ¡Vaya un inconveniente! Razón de más para que le guste.

MARÍA NIEVES. Eso es otra cosa. Pero, ¿no te acuerdas de la noche del Ritz?

ELADIA. ¿Y del baile en el palacio de los Barrinagas?

DON SALUSTIANO. ¿De los Barrinagas?

CABECITA. No seáis simples: Guillermo Herrán ¿no se encontró el guante de Ernestina en el *taxi?*

ELADIA. ¡No es de Ernestina el guante ése!

CABECITA. ¿Cómo que no?

ELADIA. ¡Como que no!

MARÍA NIEVES. ¡El guante es de la duquesa de Lepe, que usa el mismo perfume! ¡Acuérdate!

DON SALUSTIANO. ¿La duquesa de Lepe? Pero, bueno: ¿de quién estáis hablando?

Las tres muchachas sueltan la risa.

CABECITA. Papá, ¡de una novela!

DON SALUSTIANO. ¡Ah!

ELADIA. ¡De «Violeta en Primavera», que publica ahora la *Cultura Femenina!*

DON SALUSTIANO. ¡Acabáramos! ¡Me estaba haciendo un lío con vuestras relaciones! ¡Yo no conocía a nadie! Y por mucho que toque el violón, ¡era ya demasiado! Guillermo Herrán, Elena, los Barrinagas, la duquesa de Lepe... ¡Qué pisto!

Ríen las muchachas otra vez.

Por la puerta de la derecha sale Simplicia.

SIMPLICIA. Señoritas...

CABECITA. ¿Qué quieres?

SIMPLICIA. La Paula, que ha entrado antes con el chico, y está en la cocina, y quiere saludar a las señoritas antes de irse.

CABECITA. ¡Ah, sí! Dile que venga.

Se va Simplicia.

ELADIA. ¿Ese chico es el cuarto?

CABECITA. El cuarto.

MARÍA NIEVES. ¡Qué mujer! ¡Y no lleva cuatro

años de casada! Esa me va a ganar a mí. Sólo que de verdad.

Don Salustiano. ¿Quién es la Paula, tú? ¿O es otra figura novelesca?

Cabecita. No, papá. La Paula es aquella chica que estuvo aquí dos años y se marchó para casarse.

Eladia. Muy chula ella.

María Nieves. ¡Que se casó con el carpintero de abajo, cuando vivíamos en Rosales!

Don Salustiano. ¡Ya, sí; ya, ya!...

Cabecita. Dice que ya, pero no se acuerda. Si estuviera el dato en un librote lleno de manchas de humedad, no se le habría olvidado.

Don Salustiano. ¡Je! ¡Como que habría hecho mi papeleta!... Pero ¡de una criada... no es cosa!...

Aparece nuevamente Simplicia, acompañando a Paula, la cual trae en los brazos al crío de que se ha hecho mención.

Paula. ¿Dan las señoritas su permiso?

Eladia. Pasa, mujer, pasa.

Paula. Me alegro de ver tan buenas a las señoritas. Y al señor.

Don Salustiano. ¡Hola, buena pieza! Sí me acuerdo de ella, sí me acuerdo. Esta fué la que me hizo añicos el busto de Aristóteles.

Paula. ¡Vaya si tié memoria el señor!

Cabecita. ¡A ver ese chico!

Simplicia. ¡Es un real mozo, señoritas!

Cabecita. Como todos los de ella.

Paula. Es verdá; en eso no puedo quejarme.

Cabecita. ¡Qué guapo es!

María Nieves. Y ¡qué simpático!

Eladia. Mira, mira cómo se ríe.

Paula. Pues es un milagro, señorita; porque gasta un genio, que cuando da en gritar no hay quien lo calle.

María Nieves. La misma salud. ¡Hay que ver cómo está la criatura!

Paula. Mire usté qué pantorrillas, señorita; con seis meses na más que tié el crío.

María Nieves. Dámelo, Paula, que lo coja yo en brazos.

Eladia. No vaya a llorar...

María Nieves. No llora, no; ahora está contento.

Paula. Le he dao el pecho en la cocina.

Cabecita. La que llora es María Nieves, si no lo coge ella.

María Nieves. *Tomando al chico.* ¡Huy lo que pesa, Dios! ¡Qué zanganote! ¡Este peso es el que les falta a los míos!

Eladia. ¡Tuviera que ver!...

María Nieves. Y ¡cómo se parece a su padre!

Cabecita. Verdad que sí; más que ninguno de los otros.

Eladia. Es un retrato de Manuel.

Simplicia. Un retrato talmente.

Paula. En to sale a él, señoritas.

Don Salustiano. En todo, en todo.

Cabecita. Pero ¿tú recuerdas a Manuel?

Don Salustiano. No; pero, ante tal unanimidad de opiniones, ¿quién vacila?

Paula. ¡El señor!...

Eladia. ¿Y es el cuarto o el quinto, Paula?

Paula. El cuarto, señorita, no me asuste usté; el cuarto na más.

Cabecita. Ya es bastante.

Paula. ¡Que si es bastante!...

Cabecita. ¿Tu marido está bueno?

Paula. ¡Usté calcule!... Y eso que el pobre no deja el trabajo noche ni día. ¡Qué hacer! Pa tantas bocas... ¡Las virutas que tié que sacar pa mantenernos a los seis! ¡Fíjese! ¡Y como está to, señoritas; con

las esigencias y los humos que tié el personal! Aprendiz hay que si está meneando la cola y se le manda por café, se queja a la Casa del Pueblo. ¡Un disparate! En fin, paciencia pa seguir viviendo. Haberlo pensao bien.

Eladia. ¿Cómo? Pero, ¿no estás contenta?

Paula. En lo que cabe, no me quejo. Manuel es un santo. Pero, si me valiera, me descasaba. Es mucho trajín, señoritas. No se casen las señoritas nunca.

Eladia. ¡Oh! ¡Lo que es eso!...

Cabecita. Pierde cuidado, Paula.

María Nieves. Pierde cuidado.

Don Salustiano. ¡Je!

Paula. No saben las señoritas toa la cola que trai el casorio. ¡Y con poco dinero! Y si empieza una a tener hijos... ¡vamos! ¡Fíjese!

María Nieves. Pues mira, tú, déjanos a éste, si te pesa.

Paula. *Recogiéndolo.* Eso, no, señorita; se los quiere mucho a estos ángeles endemoniaos.

María Nieves. Parece que te ha oído; ¡qué cara de satisfacción ha puesto!

Don Salustiano. ¡Es que sin duda es hombre muy observador!

Eladia. ¿Cómo se llama?

Paula. Ezequiel; como su padrino Ezequiel; el hijo del señor Ezequiel.

Don Salustiano. San Ezequiel, profeta.

Paula. Lo peor que sucede en el matrimonio, señoritas, es que pierde una la voluntá. Basta que una de novia haya dicho que va a tirar cuando se case por aquí o por allí, pa que le ocurra lo contrario. Lo primero que yo me juré fué no vivir nunca con mi suegra, que se oponía a que me casara con su hijo. ¡Bueno; pues ya la tengo en casa, señoritas!

Cabecita. Y ¿riñe mucho?

Paula. Un horror. Cuando bebe, sobre to, hay que ayunarla. ¡Le digo a ustél...

Eladia. Pero ¿bebe?

Paula. Más que habla.

Eladia. Más que habla, ¿eh?

Paula. Y no para su pico.

Don Salustiano. Amigo, es que una suegra no es una mujer sola, como se cree generalmente; son tres o cuatro juntas: ella, su hija, su madre, la madre de su esposo, la abuela de sus nietos... ¡Un grupo de familia! ¡Cualquiera la calla!

Paula. En fin, señoritas, no las molesto más. ¿Mandan algo a una servidora?

Eladia. Nada, mujer; que sigas buena.

Cabecita. Dale recuerdos a tu marido.

Paula. De su parte.

María Nieves. Y salud para criar a los que tienes y a los que les sigan.

Paula. No lo permita Dios. Ya está bien, ya está bien. Adiós, don Salustiano. Pa servirle. Y no me recuerde más lo de *Arestóteles*, que bastante que a mí me pesó.

Don Salustiano. Adiós, muchacha.

Paula. Que sigan buenos.

Vase por la puerta del foro hacia la izquierda, seguida de Simplicia. Pausa.

Cabecita. *Suspirando.* ¡Ay, Señor! ¡Qué mal repartidas están las cosas!

María Nieves. ¡Cuidado que es hermoso el chiquillo!

Cabecita. Hermoso; envidiable.

Eladia. La suerte de algunas mujeres. En cambio, a Basilia se le malogran todos.

María Nieves. Me parece que llora uno de los míos.

Cabecita. ¡No seas tonta!

MARÍA NIEVES. ¡La tonta serás tú! ¡Ya lo creo que llora! ¡Allá voy, rico de mi alma; allá voy! *Vase corriendo por la puerta de la derecha.*

DON SALUSTIANO. *Cantando, como si fuera de una ópera, una frase improvisada por él.*

Oh mío bambino infelice...
mío bambino!...

Éntrase detrás de María Nieves.

ELADIA. *Cogiendo un periódico.* ¿Leíste por fin, la canastilla de boda de la chica de los Villa-Nobles?

CABECITA. ¡Ay! no.

ELADIA. ¿Quieres que te la lea? Aquí viene, en los «Ecos de Sociedad».

CABECITA. Léemela, léemela.

ELADIA. Es un cuento de «Las mil y una noches». Con los regalos hay para siete bodas.

CABECITA. Nos sobran tres.

ELADIA. Espera sentada. *Lee en el periódico.* «Para admirar el espléndido equipo de la señorita de González Verín, está desfilando estos días por el palacio de los marqueses de Villa-Noble lo más escogido de la sociedad madrileña. El matrimonio se celebrará el lunes próximo en la iglesia de San Fermín de los Navarros, y será bendecido por el padre Robustiano Pereira, de la Orden franciscana, el cual se halla unido a las familias de los contrayentes por antiguos lazos de amistad. El Nuncio de Su Santidad les dará una bendición especial enviada por el Papa. El novio, que muy pronto ostentará el título de conde de los Lauros, ha regalado a su prometida, además del

traje de boda, *firmado* por Herouard, dos trajes más de la misma casa y una espléndida mantilla de blondas.»

CABECITA. ¿Con firma también?

ELADIA. No; la mantilla, sin firma. «El padrino, el excelentísimo señor barón de Casa Pérez-Luca...»

Interrumpe la sabrosa lectura la llegada de Lino, que viene de la calle.

LINO. Santas y frescas.

CABECITA. Ven con Dios, Lino.

ELADIA. Ven con Dios. ¿Qué te trae por aquí?

LINO. Siempre que puedo, ya sabéis...

CABECITA. ¿Tienes frío?

LINO. Los pies. La cabeza y el corazón me arden.

CABECITA. Pues acerca los pies a la camilla.

LINO. Ahora mismo. He venido ahí junto, al 44, a tomar el plano de una casa, donde voy a instalar la calefacción —¡buscando pesetas!—, y he aprovechado para llegarme a veros.

ELADIA. ¿En el 44?

LINO. Sí; en la casa nueva. *Riéndose mucho.* ¡Se van a helar de frío, porque los tabiques son de papel de estraza! ¡Pero yo cobro! De paso también, como no me olvido de las amigas, mira, Eladia.

ELADIA. ¿Qué?

LINO. El flexible para arreglar el enchufe que quieres en tu alcoba. ¡Quéjate de mí!

ELADIA. Dios te lo pague, hombre.

LINO. Luego lo haré.

ELADIA. Me lo pones a la derecha de la mesita.

LINO. Ya, ya sé dónde; lo señalamos el domingo. ¿Qué tal por aquí desde entonces?

ELADIA. Sin novedad.

LINO. La prima, ¿no ha vuelto de fuera?

ELADIA. No.

LINO. ¿Habéis salido a alguna parte?

CABECITA. A ninguna, chico. Van unos días tan desagradables y tan tristes...

LINO. Verdad que llevamos un diciembre para irse a Alicante. ¿Y María Nieves?

ELADIA. Con su prole.

LINO. ¿Y Manolo?

CABECITA. ¡Cualquiera lo sabe! Se marchó a la calle en cuanto acabamos de comer...

LINO. ¿A reunirse, acaso, con el dichoso temporero de Hacienda?

ELADIA. Acaso.

LINO. Hay gustos para todo. Lo he conocido el otro día... y ¡vaya una facha que tiene! Yo soy un elegante a su lado.

CABECITA. ¡Pues es un colmo!

LINO. Como lo oís. *Breve silencio.* ¿Tú te has peinado así siempre, Eladia?

ELADIA. Siempre. ¿Por qué?

LINO. ¡Qué sé yo! No sé qué te noto. Me has parecido hoy más bonita que nunca.

ELADIA. Como el día está tan feo...

CABECITA. Y que, como ahora le falta la sombra del novio, tú te has fijado más.

LINO. Puede. ¿Y tú, Cabecita?

CABECITA. Yo, ¿qué?

LINO. ¿Cuándo sacas de penas a Amador? ¡Mira que me da unas tabarras!...

CABECITA. ¿A cuenta mía?

LINO. A cuenta tuya. ¡Si eres su obsesión! ¿No lo sabes?

ELADIA. Sí lo sabe; sí.

LINO. ¡Las veces que me ha preguntado lo mismo!... «¿Usted cree que me hará caso Cabecita?»

CABECITA. ¡Pues con que me lo pregunte a mí una sola vez...!

LINO. Es que el hombre, sin duda, teme llevarse

un chasco. Y cuidado que, como impone su opinión, siempre acaba uno por tener que decirle que se te declare confiado.

CABECITA. Pero ni por esas...

ELADIA. A mí también me sonsaca a cada instante. «Eladia, ¿usted cree...? ¿Usted opinará como yo?...»

LINO. Eso, eso. «¿Usted opinará como yo?»

ELADIA. Y yo, ¿qué he de decirle, si pienso además que eso sería la solución de todas?

CABECITA. ¿De todas? Pero, ¿es que todas vamos a casarnos con él?

ELADIA. Tú me entiendes. No te hagas la complicada y la interesante. Amador Castín es un gran partido.

Oportunamente aparece por la puerta del foro don Salustiano.

DON SALUSTIANO. ¡Hombre! ¿Habláis de Castín? ¡Buena me la dió anoche a cuenta tuya en la Plaza de Oriente!

LINO. Allí vive.

DON SALUSTIANO. Allí. Y allí quiere matarme a mí, por lo visto. Helaba si Dios tenía qué. Hasta la estatua de Favila pidió una piel que no fuera de oso. Pero él, como si no; ¡como si estuviéramos en una estufa! Dale que dale sobre sus pretensiones, me llevé un plantón de media hora. *A Lino.* ¿Qué hay, buena pieza?

LINO. Lo que cuente usted, don Salustiano.

DON SALUSTIANO. ¿Estabas aquí antes o has venido ahora?

LINO. He venido ahora.

DON SALUSTIANO. Luego dirán éstas que no me fijo.

LINO. Y ya que me he templado, me voy a trabajar allá dentro.

Don Salustiano. ¿A trabajar?

Lino. De electricista. A poner un enchufe.

Don Salustiano. ¡Pitillo!

Vase Lino por la puerta de la derecha, cruzándose en ella con María Nieves, que vuelve.

María Nieves. ¡Hola, perito electricista!

Lino. ¡Hola, pimpollo de la casa!

María Nieves. Niñas, niñas, visita tenemos.

Cabecita. ¿Quién?

Eladia. ¿Quién?

María Nieves. ¡Las de Yugo! Por la ventana del patio me ha dicho su criada que vienen para aquí.

Cabecita. ¡Anda con Dios!

Eladia. ¡Ya está aquí la langosta!

María Nieves. ¡Ay, Jesús! ¡Nos van a hundir del todo esas viejas!

Cabecita. Y de seguro se quedan a merendar.

Eladia. ¡De seguro!

María Nieves. A merendar, ¿eh? Pues desde ahora os advierto que las rosquillas que hice ayer no las prueban. Porque si encima de que nos espantan a los novios, vamos a darles dulces...

Don Salustiano. ¡Qué tontería! ¡Es increíble adonde llega la superstición de las mujeres!

María Nieves. ¡Sí, sí; superstición!

Preséntase por la puerta del foro Simplicia, con cara fosca.

Simplicia. Señoritas: ahí están las viejas de al lao.

Cabecita. ¿Eh? ¿Qué se entiende? ¿Qué manera de anunciar es esa? ¿Quién está ahí?

Simplicia. *A regañadientes.* Bueno: las señoritas de Yugo.

Cabecita. Así. Te vas tomando muchas confianzas.

Simplicia. Si la señorita se hubiera quedado sin

novio, como yo, desde que ellas viven en la casa, *pueda* ser que no me riñera. A la sala las he llevado, que está como la nieve.

CABECITA. Pues pásalas aquí.

SIMPLICIA. ¿Aquí?

CABECITA. Aquí, aquí. Y basta de contestaciones.

Vase Simplicia de peor talante que llegó.

DON SALUSTIANO. ¿Veis?

CABECITA. ¡No nos vamos a helar nosotros además por que se vayan pronto las viejas!

DON SALUSTIANO. ¿Veis lo que os digo? Esto trae el charlar libremente en presencia de los criados. Yo no cometo jamás ciertas imprudencias, a pesar de mis distracciones. Se enteran de esto esas pobres señoras, tan correctas, y hay un disgusto.

MARÍA NIEVES. Pues tú tienes más culpa que nadie, por habérnoslas metido en casa.

ELADIA. Y mira si es verdad lo que dicen de ellas: yo reñí con Conrado, y Simplicia con su guardia civil.

CABECITA. En eso, hasta ahora, no han hecho más que bien.

DON SALUSTIANO. Bueno; aquí os quedáis. Me quito de en medio.

CABECITA. No, no te vayas, por si las acompaña el papá.

DON SALUSTIANO. ¡Por si las acompaña el papá es por lo que me voy! Es un buen señor que habla en voz tan baja, que no me entero nunca de lo que me dice. ¿Quién conversa con un murmullo?

CABECITA. Pero ¿no vienen?

DON SALUSTIANO. A lo mejor ha metido la pata Simplicia. Id vosotras a recibirlas: lo primero en esta vida es la educación.

ELADIA. Anda, sí, vamos.

CABECITA. Vamos.

Don Salustiano. Las tres, la tres: tú también, María Nieves.

María Nieves. ¡Vamos allá! ¡Ni que fueran los Reyes Magos!

Se van por la puerta del foro las tres muchachas.

Don Salustiano. ¡Pobres señoras! Por esa estupidez de que ahuyentan a los pretendientes, se cometen con ellas muchas groserías... ¡Qué aberraciones! *Cantando.*

La donna è mobile
cual piuma al vento...

Vuelven las muchachas con las temidas Amantina y Delfina Yugo, y con don Inocencio, el autor de sus días. Ellas pasan de los sesenta años y el de los ochenta, y los tres se caracterizan por una extremada amabilidad. Delfina presume un poco todavía.

Cabecita. ¡Tanto bueno!

Eladia. Pasen ustedes.

María Nieves. ¡Qué visita tan agradable!

Don Salustiano. ¡Señoras!... ¡Señor don Inocencio!

Delfina. ¡Don Salustiano!

Amantina. ¿Cómo va?

Don Inocencio. *Con voz imperceptible.* A sus órdenes, querido señor.

Eladia. Siéntense.

Cabecita. Como ven ustedes, los tratamos con toda familiaridad.

Amantina. Así debe ser.

Delfina. Entre vecinos...

Amantina. Nosotras también venimos hasta sin vestir.

DELFINA. Tal como estábamos en casa.

ELADIA. ¡Naturalmente!

CABECITA. Pues ese traje de usted, señora, es bien bonito.

DELFINA. No.

AMANTINA. No digas que no... Es que Delfina se tiene que morir presumiendo. Hasta en casa presume.

DELFINA. Es verdad; no lo oculto; me cuido mucho del bien parecer. Y se lo he dicho a ésta: Amantina, si me muero antes que tú, que me entierren con tacones altos.

Risas de todos, que ya se han sentado convenientemente.

DON INOCENCIO. *Como para que no lo oiga ni aun el cuello de su camisa.* Genialidades de esta chica... Después de muerto, ¿qué más dá?...

DON SALUSTIANO. *Interrogándole por pura cortesía.* ¿Cómo?

DON INOCENCIO. *Siempre en la misma voz.* Que después de muerto, ¿qué más da?...

DON SALUSTIANO. *Para sí.* ¡Ni agua!

AMANTINA. Antes que se me olvide: mañana es la recepción, en la Academia de Ciencias Morales y Políticas, de Sánchez Uruburu.

DELFINA. El que fué ministro del Trabajo.

AMANTINA. Le contesta el marqués de los Guindos. Y tenemos cuatro invitaciones.

DELFINA. Si alguna de ustedes quiere ir con nosotras....

Miradas de pavor entre las tres muchachas.

AMANTINA. Será un acto solemne. Sánchez Uruburu habla muy bien.

DELFINA. Bueno; pero el discurso será leído.

AMANTINA. Lee muy bien, he querido decir.

DON SALUSTIANO. Escribe muy bien, para poner las cosas en su punto... ¡Je!

Amantina. Escribe y lee muy bien, si a usted le parece.

Don Salustiano. ¡Sí, señorita; sí me parece!

Delfina. Pues, nada, la que tenga más gusto...

Cabecita. *Defendiéndose*. El caso es que... Gusto tenemos todas... Muchísimas gracias. Pero mañana justamente es domingo, y los domingos suelen visitarnos algunas amistades...

Amantina. ¡Ah, vamos!...

Delfina. Sí; ya conocemos, ya conocemos...

Amantina. Ya sabemos de tal cual persona... En fin, obren ustedes con absoluta confianza...

Delfina. Con nosotras no hay compromiso nunca.

Amantina. También tendremos invitaciones para los funerales de la condesa de Montemayor.

Delfina. ¡Que serán estupendos!

Amantina. ¡Estupendos! La oración fúnebre estará a cargo del padre Villalpino. Jesuíta.

Delfina. ¡Que escribe prodigiosamente!

Amantina. Que habla prodigiosamente. Ahora soy yo la que rectifica.

Delfina. Sí; pero como yo no lo he oído hablar nunca, y sí conozco sus escritos, me he expresado bien.

Amantina. Sin duda ninguna.

María Nieves. Al *cine* van ustedes mucho, ¿verdad?

Amantina. ¡Mucho!

Delfina. No perdemos acontecimiento.

Amantina. ¡Ni de *cine* ni de nada! Hay que distraerse.

Delfina. Y que papá y nosotras nos lo tenemos todo dicho.

Amantina. Conque la que sea más *peliculera* de ustedes, no lo olvide: nos complacerá con su compañía.

CABECITA. ¡Qué amables!

DELFINA. ¿Ustedes van poco?

MARÍA NIEVES. Poco. Algunas veces nos lleva don Celio...

AMANTINA. ¡Ah, sí! ¡Vélez de Hinojosa!...

ELADIA. Y la prima Leonor también suele llevarnos...

DELFINA. ¡Leonor Oliva, viuda de Alvarado!

AMANTINA. ¡Tan guapa!

DELFINA. ¡Tan simpática!

AMANTINA. ¡Tan elegante!

DELFINA. ¡Tan cariñosa!

AMANTINA. ¡Tan buena!

DELFINA. ¡Tan fiel a su difunto!

AMANTINA. ¡Tan alegre!

DELFINA. ¡Tan constante amiga!

AMANTINA. Días pasados la vimos en el Museo Romántico.

ELADIA. ¿La tratan ustedes también?

DELFINA. Aún no nos cabe esa satisfacción.

AMANTINA. Aún no.

DELFINA. Pero Amador Castín, nuestro amigo más bondadoso, se hace lenguas de ella.

CABECITA. Pues con ella es con quien más frecuentemente vamos a todas partes: al *cine*, al paseo, al teatro...

AMANTINA. Pues, en ausencia suya, cuenten ustedes con nosotras para acompañarlas...

CABECITA. ¡Oh! ¡Muy agradecidas, señora!...

DON SALUSTIANO. *Sin darse cuenta del alcance de sus palabras.* Ahora está fuera, precisamente...

Las tres hijas lo quieren devorar con los ojos.

DELFINA. No necesitamos insistir en nuestro ofrecimiento.

AMANTINA. Queda hecho de todo corazón.

DELFINA. Y con el mayor gusto.

AMANTINA. Nosotras, tocante al teatro, no perdemos estreno.

MARÍA NIEVES. ¡Ah! ¿no?

AMANTINA. No. Es una de nuestras chifladuras. No perdemos estreno.

DELFINA. A ser posible, claro es. Porque vean ustedes: para el martes se anuncian ocho. ¿Cómo asistir a todos ellos?

AMANTINA. ¡Imposible! Dice un amigo nuestro, muy jocoso, que ni Dios, que está en todas partes, puede ir en Madrid a todos los estrenos.

DON SALUSTIANO. ¡Ya sabe Dios lo que se hace, señorita!

DELFINA. Yo soy de las que llaman la atención en el público; porque en lo dramático, me caen las lágrimas, que no bastan pañuelos: doy el espectáculo; y en lo cómico de buena ley, me río que se me ve la última muela; ¡como las tengo todas!...

Don Inocencio se lanza a emitir una opinión sobre el teatro y el cinematógrafo que, desgraciadamente, se queda «inédita». Todos se esfuerzan por oírlo.

DON INOCENCIO. Entiendo yo, en contra de los que creen que el *cine* es muy superior al teatro, que padecen un error crasísimo; porque no hay que darle vueltas: si el movimiento humano no va acompañado de la palabra, queda incompleto y pierde, no ya su explicación, sino su principal encanto. A mí el *cine* se me antoja una exhibición de estampas. Además, me aturde, me marea la vista... Salgo loco... Sí, sí.

AMANTINA. Tiene razón papá.

DON SALUSTIANO. *Como antes, para su capote.* ¡Lo ha oído!

DELFINA. También en casa nos procuramos distracciones... como habrán ustedes podido advertir.

AMANTINA. Tenemos altavoz, piano, pianola, gramófono... ajedrez, toda clase de juegos...

DELFINA. Y por otro orden, en el capítulo de distracciones también, muchas personas agradables que vienen a hacernos la tertulia.

AMANTINA. Pollos, pollos; no nos faltan pollos...

DELFINA. Sí; no lo podemos remediar: somos *divertidas*... y muy sociables. Es nativo.

AMANTINA. Nos agrada el trato.

DELFINA. Al revés que a unas primas nuestras, solteras también, como nosotras, que parece mentira que lleven nuestros mismos nombres y nuestra misma sangre.

AMANTINA. Parece mentira. Andan a la greña con medio mundo y nadie puede verlas ni en pintura.

CABECITA. ¿No, eh?

DELFINA. Están un poquitín amargadas—dicho sea en su disculpa—porque entre la gente joven de Madrid—Madrid es un pueblo—ha dado en correr la leyenda, de que casa en donde ponen el pie las de Yugo, se acabaron los novios.

Estupefacción: desconcierto del padre y de las hijas, que se miran pasmados.

CABECITA. ¿Qué nos cuenta usted?

DELFINA. ¡Lo que ustedes oyen!

MARÍA NIEVES. ¡Ay, qué gracia!

ELADIA. ¿De manera que tienen ustedes unas primas de su mismo nombre, de las que se dice...?

AMANTINA. ¡Justo! Que casa en que entran...

CABECITA. ¡Qué tontería!

ELADIA. ¡Qué gracia!

MARÍA NIEVES. ¡Mira que tiene gracia!

DON SALUSTIANO. *Despeñándose.* ¡Lo que tiene gracia es lo que nos ha pasado a nosotros! Nosotros creíamos...

Una escandalosa carcajada de las niñas advierte al padre su indiscreción, y recoge velas.

DELFINA. Es divertido el caso; ¿verdad?

DON SALUSTIANO. ¡Muy chusco, muy chusco!

AMANTINA. Aunque se trate de unas parientas nuestras...

DELFINA. En cambio nosotras podemos decir que tenemos el sino contrario. No frecuentamos una casa donde no sobrevengan bodas.

MARÍA NIEVES. ¿Sí?

ELADIA. ¿Sí?

CABECITA. ¡Pues también es gracioso!

AMANTINA. ¡Cabalito! Cuestión de suerte.

MARÍA NIEVES. ¡Estaba por decirles a ustedes que vinieran todos los días a vernos!

AMANTINA. ¡Ja, ja, ja!

DELFINA. ¡Ja, ja, ja!

ELADIA. Pero aquí se estrellan, de seguro.

DELFINA. ¡Qué sé yo! ¡qué sé yo! Sería la primera casa la de ustedes... ¡Mire usted que tenemos una *hoja de servicios* extraordinaria!

AMANTINA. ¡Somos íntimas de don Segismundo Caín, que casó a sus ocho hijas en dos o tres años!...

CABECITA. Y ¿son ustedes íntimas de él?

DELFINA. ¡Íntimas! Raro es el día que no nos vemos en el Retiro.

ELADIA. Papá también es muy amigo suyo. Pero a papá le llaman *Abel*.

AMANTINA. Bromas de la gente de buen humor.

DELFINA. En el partido de balompié nos lo dijeron la otra tarde.

AMANTINA. Pero, bueno, según nuestras noticias, el influjo de nuestra buena sombra es por ahora innecesario aquí... ¿No, Cabecita?

CABECITA. No sé...

DELFINA. ¿No sabe usted, y se le sube el pavo?

CABECITA. ¿A mí?

DELFINA. A usted, a usted, avispada joven.

AMANTINA. ¿Usted olvida que también nos honra-

mos con la amistad de Amador Castín? ¡Que por cierto nos habla mucho de esta casa!

DELFINA. ¡Y particularmente de alguien de esta casa!...

DON SALUSTIANO. ¡Sí lo creo, sí lo creo!...

DELFINA. ¡Gran persona es Amador Castín! Ayer estaba en el Salón de Artistas Portugueses.

AMANTINA. ¡Qué premio a quien le toque!

DELFINA. ¡Qué caballeroso!

AMANTINA. ¡Qué bien portado siempre!

DELFINA. ¡Qué pulcritud la suya!

AMANTINA. ¡Qué bondad más acrisolada!

DELFINA. ¡Qué palabra más persuasiva!

AMANTINA. ¡Qué modales más finos!

DELFINA. ¡Qué bien lleva el gabán de pieles!

AMANTINA. ¡Qué figura a caballo!

DELFINA. Y ¡qué posición más bonita!

AMANTINA. ¡Oh! ¿Ustedes no conocen la casa de campo que tiene en Cebolla, provincia de Toledo?

MARÍA NIEVES. De oídas.

DELFINA. ¿De oídas nada más?

ELADIA. Nada más.

AMANTINA. ¡Es lástima! *Mirando maliciosamente a Cabecita.* Allí piensa pasar la luna de miel cuando se case.

CABECITA. *Cortando la conversación.* ¿Les parece a ustedes que vayamos al comedor a tomar una tacita de té y unas pastas?

MARÍA NIEVES. ¿Cómo pastas? ¡Las rosquillas que yo hice ayer! ¡Ni que me hubiera dado el corazón esta visita!

ELADIA. ¡Es verdad!

AMANTINA. Pero ¡qué cariñosas son ustedes!

DELFINA. Según eso, ¿usted cocinea?

MARÍA NIEVES. Alguna vez que otra. No me desagrada.

CABECITA. Vamos, vamos al comedor.

AMANTINA. Donde ustedes gusten.

ELADIA. Vamos allá, sí.

MARÍA NIEVES. Vamos.

DELFINA. Papá no toma más que leche.

CABECITA. ¡Lo que quiera! ¡Con toda libertad!

ELADIA. Sin cumplidos.

DELFINA. Eso; sin cumplidos.

ELADIA. Acompaña a don Inocencio, papá. Vamos nosotras.

AMANTINA. Vamos.

Se entran todas charlando animadamente por la puerta de la derecha. Quedan solos don Salustiano y don Inocencio.

DON SALUSTIANO. Ya oye usted... Vamos al comedor... Nos invitan las chicas a tomar cualquier tente en pie.

DON INOCENCIO. A la disposición de usted, amigo mío.

DON SALUSTIANO. ¿Cómo?

DON INOCENCIO. Yo estoy a régimen hace bastante tiempo. Leche, huevos, pescado, verduras... De ahí no puedo salir. Son ya ochenta y cuatro años los que tengo encima. El barco hace agua por todas partes.

DON SALUSTIANO. *En ayunas.* Sí, sí... ¿Vamos al comedor?

DON INOCENCIO. Me han dicho que tiene usted una biblioteca interesantísima ..

DON SALUSTIANO. ¿Qué?

DON INOCENCIO. Una biblioteca interesantísima... Me agradará verla... Soy muy aficionado a los libros...

Se van tambien por la puerta de la derecha, don Inocencio «murmurando» y don Salustiano sin enterarse de una sola palabra de cuanto le dice.

Simultáneamente sale Lino por la puerta del foro, huyendo de la quema.

LINO. ¡No; las de Yugo, no! ¡Las chicas acabarán por tener que descararse con ellas! ¡Se han empeñado en meterse aquí! ¡Y casarse será una atrocidad, pero hay que casarse!

Vuelve Eladia por la puerta de la derecha y va al balcón, sin advertir la presencia de Lino. Levanta anhelosa un visillo y mira hacia la calle. A alguien que está en ella mirando hacia el balcón, le dice por señas que le escribirá; que espere su carta.

LINO. *Sorprendido.* ¿Eh? ¿Esas tenemos? ¡Y yo que me había decidido a empezar por ésta!

Eladia se despide de la persona con quien se entiende y va a volver al comedor, cuando se da de manos a boca con Lino.

ELADIA. ¡Hombre! Pero, ¿no estabas en mi cuarto?

LINO. Estaba, sí; estaba... Ya he dejado aquello a tu gusto.

ELADIA. Muchas gracias Luego lo veré.

LINO. *Suspirando.* ¡Ay!...

ELADIA. ¿Por qué suspiras?

LINO. Porque acabo de convencerme de que nunca podré entrar en aquel cuarto más que así: como electricista... o como fontanero.

ELADIA. Y como amigo. ¿De qué otra manera querías entrar?

LINO. ¡Toma! ¡Como marido con todos los poderes! ¡Qué graciosa!

ELADIA. ¿Tú, Lino?

LINO. Yo, Eladia.

ELADIA. ¡Ja, ja, ja! ¡Ay qué declaración tan imprevista!

LINO. ¡Pues me había alegrado yo poco de que hubieras reñido de una vez con el cataplasma de Conrado!

Eladia. Oye, oye; ni es un cataplasma ni he reñido con él. Ni riño, por mucho que se empeñen todos en mi casa.

Lino. Perdona: que riñas o no, ya no te lo discuto; pero que es un cataplasma, es axiomático.

Eladia. Mejor para mí.

Lino. ¿Cómo ha de ser mejor, criatura? ¿No ves que te vas a morir de tedio?

Eladia. Si me muero a gusto...

Lino. ¡Veo que con la separación de estos días se te ha exacerbado el amor!...

Eladia. Ya sabes la copla:

Ausencia es aire,
que apaga el fuego chico
y aviva el grande.

Lino. ¡El fuego! ¡El fuego! ¡A tu noviazgo con Conrado, le llamas fuego! ¡Ja, ja, ja!

Eladia. Fuego, sí; ¿por qué no? Fuego tranquilo; de camilla; de casa... Yo nunca he soñado con otro.

Lino. La camilla da tufo.

Eladia. ¡Más tufo das tú que la camilla! ¡Y que tampoco nacemos todos en este mundo para Romeos y Julietas!

Lino. Te engañas; para Julietas nacen muchas mujeres. ¡El caso es que den con Romeo en vez de dar con un tortón de Reyes, que nadie sabe dónde tiene la gracia!

Eladia. ¿Y tú te las echas de Romeo? ¡Ay, qué novedad! ¡No me hagas reír, Lino!

Lino. Pues, ¿qué me falta? ¿La escala y una pluma en el gorro?

Eladia. ¡Todo, hombre, todo! ¡Ja, ja, ja! ¿Es posible sentirse Romeo y tener tu pinta?

Lino. ¿Mi pinta?

ELADIA. ¡Tu pinta!

LINO. Mi pinta no es cosa esencial; puede corregirse. Vamos a ver: si algún día acabases al fin con Conrado, ¿por qué no habías de quererme a mí?

ELADIA. ¿Yo a ti?

LINO. Tú a mí. ¿Por qué no habías de quererme?

ELADIA. ¡Ja, ja, ja!

LINO. No te rías y contesta.

ELADIA. Pues... hombre... por tres o cuatro pequeñeces, después de todo. Por feo, por adán, por chisgarabís... y por tonto de capirote.

LINO. ¿Nada más?

ELADIA. Nada más.

LINO. ¡Pues eres tú la primera persona que a mí me llama tonto!

ELADIA. Pues si te has creído un instante que me podía casar contigo, eres tonto y medio. ¡Prefiero cien veces mi cataplasma a un trapo de cocina! Y a propósito de cocina: a ver si vienes un día de estos a darle un repaso al fogón, que no tira.

LINO. ¿Eh?

ELADIA. Sí; el fogón, que no tira. ¡Ja, ja, ja! ¡Adiós, Romeo!... Que te alivies... y que te laves... ¡Ja, ja, ja! *Vase por la puerta de la derecha.*

LINO. ¡Caray! ¡No se muerde la lengua! *Riendose.* ¡Me falló la mayor! ¡Vaya unas calabazas breves y rotundas! ¡A otra! ¡Ja, ja, ja!

Llega de la calle por la puerta del foro Amador Castín, más acicalado que nunca.

AMADOR. ¿Qué es eso? ¿Se ríe usted solo, amigo Lino?

LINO. ¡Castín! ¿Usted? ¿Cómo aquí a estas horas de la tarde, que suele usted destinar al tresillo, indefectiblemente?

AMADOR. ¡Ahí verá usted! He venido a saludar a las de Yugo, mis grandes amigas; me han dicho en

la casa que estaban aquí, y, naturalmente, he pasado.

Lino. En el comedor las tiene usted ahora mismo con las chicas.

Amador. Sí; también lo sé: Simplicia me lo ha dicho. ¿De qué se reía usted tan a solas?

Lino. ¡De que me acaba de dar Eladia unas calabazas morrocotudas!

Amador. ¿Eladia?

Lino. Eladia. ¡Y sin dejarme tiempo ni de respirar!

Amador. Y ¿por eso se ríe?

Lino. ¿Voy a llorar, hombre?

Amador. Llorar, no; pero...

Lino. ¡Me quedan tres hermanas!

Amador. Dos, si usted me permite.

Lino. Tres, aunque usted no quiera.

Amador. Yo no soy tan insensato como usted, amigo mío. Yo, cuando voy a alguna parte, sé adonde voy. Y usted va siempre a la que salta.

Lino. ¡Qué le vamos a hacer! ¡Así vivo! Dejo a usted con las chicas y con las viejas. Hasta mañana. *Vase por la puerta del foro.*

Amador. Hasta mañana. *Turulato.* Pero ¡qué ligereza! ¡Qué... qué... qué...! No hay calificativo. Es un saltamontes.

Lino. *Dentro.* Adiós, Teófilo.

Teófilo. Adiós, Lino.

Amador. ¡Ah, Teófilo! ¡Qué a tiempo llega! La única nube en mi horizonte. Disipémosla sin aguardar más. *Por la puerta del foro viene Teófilo, efectivamente, bien ajeno a la grave cuestión que va a planteársele. Cruza, distraído, hacia la puerta de la derecha, y la voz de Amador lo detiene.* ¡Querido Teófilo!

TEÓFILO. ¿Quién? ¡Señor Castín! No había reparado... ¿Cómo sigue usted?

AMADOR. En el mejor de los mundos posibles, que dijo Pangloss.

TEÓFILO. ¡Dichoso quien puede afirmar cosa semejante! Que sea enhorabuena.

AMADOR. Gracias. ¿Qué hay?

TEÓFILO. Poca cosa. Mal tiempo.

AMADOR. ¿Mal tiempo?

TEÓFILO. ¿No hace mal tiempo? Llueve, graniza, ventea... ¿Qué más quiere usted?

AMADOR. Pero, ¿qué va usted a pedir en invierno? Yo soy un hombre que pide siempre lo natural: en invierno, frío, y en verano, calor. Usted opinará como yo, seguramente.

TEÓFILO. Con una diferencia.

AMADOR. ¿Cuál?

TEÓFILO. Que yo, cuando llueve y ventea, aunque sea en invierno riguroso, creo que hace mal tiempo.

AMADOR. Pues, no, señor; rectifique usted ese juicio poco meditado. En invierno, cuando hace mal tiempo es cuando hace buen tiempo.

TEÓFILO. ¿Y viceversa?

AMADOR. Exactísimo.

TEÓFILO. Bien, bien; en el terreno de la paradoja, concedo que tiene usted razón.

AMADOR. Yo procuro tenerla siempre.

TEÓFILO. Hace usted bien. Adiós; voy a trabajar un ratillo.

AMADOR. ¿No puede usted detenerse conmigo diez minutos?

TEÓFILO. Sí, señor; todos los que usted quiera.

AMADOR. Vamos a sentarnos. Esta familia está de tertulia en el comedor...

TEÓFILO. Sí.

Amador. Vamos a sentarnos.

Teófilo. Nos sentaremos.

Amador. Entiendo yo que lo que puede tratarse sentado no debe tratarse de pie.

Teófilo. Generalmente, así es la verdad. Es más cómodo.

Amador. ¿Qué tal va ese Diccionario de Artífices?

Teófilo. No va mal; se adelanta un poco cada día.

Amador. Pero ¿tarda aún el *finis coronat opus*?

Teófilo. Aún tarda. Y luego nos queda el rabo por desollar.

Amador. ¿El rabo?

Teófilo. Encontrar editor.

Amador. ¡Ah, sí! ¡sí que es rabo! Trabajar, trabaja usted mucho.

Teófilo. Según...

Amador. Más aquí que en la Biblioteca.

Teófilo. Más; sí, señor, más aquí. Aquí me aislo más fácilmente; trabajo más a gusto...

Amador. Se comprende, sí, señor; se comprende.

Teófilo. Don Salustiano es un gran colaborador...

Amador. ¡Ya lo creo! Es un gran colaborador...

Teófilo. ¡Vale mucho!

Amador. ¡Mucho! Su labor es imponderable. Pero, vamos a ver si coincidimos también en esto: ¿no es verdad que las mejores obras de don Salustiano son sus cuatro hijas?

Teófilo. ¿Qué?

Amador. Sus cuatro hijas. ¿No son sus cuatro hijas las mejores obras de don Salustiano? ¿Conoce usted, quizá, algún otro libro del autor comparable a ellas?

TEÓFILO. Es usted muy chancero, señor Castín. No esperaba yo esa salida.

AMADOR. Pero, ¿no opina usted como yo?...

TEÓFILO. ¿Que las chicas de don Salustiano son cuatro perlas?

AMADOR. Cabalmente.

TEÓFILO. ¿Cómo no he de opinar yo eso?

AMADOR. Las cuatro, las cuatro.

TEÓFILO. Las cuatro; cada una por su estilo.

AMADOR. Eladia, tan bella, tan discreta, tan reposada...

TEÓFILO. Ciertamente, sí...

AMADOR. María Nieves, tan linda, tan casera, tan madrecita en sus pocos años...

TEÓFILO. Tan madrecita; es la verdad...

AMADOR. Manolo... ¡qué graciosa es Manolo!...

TEÓFILO. Muy graciosa, sí; muy graciosa...

AMADOR. ¡Opina usted en todo como yo!

TEÓFILO. ¡En todo!

AMADOR. Y ¿qué me dice usted de Cabecita? ¿Eh? ¡De Cabecita! ¿He citado a alguien?

TEÓFILO. *Con emoción.* ¡Ah! Cabecita.. Cabecita...

Se nubla su semblante. Castín, que lo observa, palidece y se empieza a alarmar.

AMADOR. La nombra usted de una manera...

TEÓFILO. Cuando la nombro, que procuro que sea lo menos posible, no puedo hacerlo sino así.

AMADOR. ¿Y eso?

TEÓFILO. ¿Le interesa a usted?

AMADOR. Es interesante.

TEÓFILO. Cabecita es la que vale más de las cuatro hermanas, y es la que yo prefiero.

AMADOR. Sí, ¿eh?

TEÓFILO. Sí. No tengo por qué ocultar esta preferencia. Cabecita es excepcional; singularísima.

Cabecita es germen de madre; es flor de la casa; de la casa, amigo Castín; de eso que va desvirtuándose y desapareciendo día por día, merced a los aires universales. Cabecita es mujer para que un hombre bueno que la halle a su paso, se detenga y la adore. Cabecita hará la felicidad de ese hombre afortunado. Pero Cabecita es muy difícil que lo encuentre.

Amador. ¿Por qué?

Teófilo. ¿Le parece a usted poco? Porque desea uno que la merezca.

Amador. Y ¿no lo hay, quizá?...

Teófilo. ¿Quién duda que ha de haberlo? Pero difícilmente se atravesará en el camino de Cabecita. Cabecita no callejea, ni se exhibe constantemente, como otras, en bailes, en paseos, en espectáculos, en deportes... Ni aun en reuniones de sociedad. Ni ella ni sus hermanas. Son estas muchachas así piedras preciosas, que viven retiradas y escondidas en sus hogares...

Amador. Pero, bueno... pero bueno... también a los hogares, como usted dice, suelen llegar de cuando en cuando hombres dignos... hombres de valer... Aquí, sin ir más lejos... usted... usted... Yo no acierto a medir las aspiraciones de Cabecita... pero usted... que tanto la ensalza... usted .. Yo mismo, en otra esfera... ¿por qué no declararlo?... yo mismo...

Teófilo. ¿Usted?

Amador. Yo... usted... usted... yo... Hombres como nosotros...

Teófilo. Perdóneme... Yo no estoy en el caso de usted. Ese es otro cantar.

Amador. Pues yo corroboro el juicio de usted sobre Cabecita.

Teófilo. No es eso. Digo que yo no estoy en el caso de usted, por las señas, porque usted parece que aspira a lo que a mí no me pasa por la imaginación.

AMADOR. ¿Eh?

TEÓFILO. Y si me pasa, lo rechazo como un mal pensamiento.

AMADOR. No alcanzo...

TEÓFILO. Ni necesita usted saber más. Si todo este palique no ha tenido en la intención de usted otra mira que la de poner en claro si existe o no una rivalidad amorosa que usted sospecha, cónstele que no existe.

AMADOR. *Con íntimo gozo.* ¿Que no existe?

TEÓFILO. Ya he dicho que no.

AMADOR. ¿Con toda lealtad?

TEÓFILO. Con toda lealtad. Mi vida lleva rumbo bien distinto. Tan distinto, que en breve plazo, dentro de pocos días tal vez, me ausentaré de España... y viviré lejos de esta casa y de esa mujer encantadora.

AMADOR. *Respirando ya casi tranquilo.* No lo entiendo del todo, pero me vuelve el alma al cuerpo. Y correspondo a su lealtad con la mía: era usted, amigo González, la única nube tormentosa que yo divisaba... que yo temía...

TEÓFILO. Pues con el viento de esta tarde ha desaparecido.

AMADOR. Yo lo celebro profundamente, porque... así... con la seguridad que me da usted... Ya usted, que no es lerdo, se percatará de la importancia que ello tiene... Y así... así ya... ¡Imagine usted que en mi escudo de amor no tengo campo de calabazas!...

Sale Cabecita por la puerta de la derecha. Los ojos de ella y los de Teófilo se encuentran y se huyen.

CABECITA. ¡Ya decía yo que hablaba aquí alguien!

AMADOR. ¡Oh! ¡Cabecita!

CABECITA. Amador.. Teófilo, ¿quién se quiere morir? ¡Tres días sin venir por casa!

TEÓFILO. He estado en Illescas. ¿No se lo ha dicho a usted su padre?

CABECITA. Sí; algo creo que dijo el otro día. ¿Hablaban ustedes reservadamente?

AMADOR. No.

TEÓFILO. Hasta cierto punto...

CABECITA. ¿Estorbo, entonces?

AMADOR. ¿Cómo ha de estorbar usted, Cabecita?

TEÓFILO. En todo caso, yo.

CABECITA. *Mirándolo con extrañeza.* ¿Usted?

TEÓFILO. Yo; sí. Voy allá dentro. *Vase por la puerta de la derecha.*

AMADOR. ¡Qué hombre más discreto! ¿verdad?

CABECITA. ¡Siempre! Pero ahora...

AMADOR. Ahora más que nunca.

CABECITA. ¿Por qué? ¿Quizá porque sospecha que va usted a hablarme en su elogio?

AMADOR. ¿Yo?

CABECITA. ¿No es por eso?

AMADOR. Más bien supongo que temería de mí que ante usted repitiese, hiriendo su modestia, palabras elogiosas... de alabanza de usted... como no podía menos.

CABECITA. ¿Es que hablaban ustedes de mí? Esto me interesa.

AMADOR. ¡Que me place! Pues sí, Cabecita: hablábamos de usted... y coincidíamos en el juicio. Sus palabras y las mías parecían nacer de una misma fuente.

CABECITA. ¿Tan iguales eran?

AMADOR. Tan iguales.

CABECITA. Pues usted y él son bien distintos.

AMADOR. No cabe dudá; pero en la estimación de usted hemos resultado gemelos. ¡Gemelos!

CABECITA. *Con un poco de sorna.* ¡Qué bonita frase, Castín!

AMADOR. *Encogiéndose modestamente de hombros.* ¡Pschél...

CABECITA. ¡Mire usted Teófilo, y qué callada tenía esa admiración!

AMADOR. ¿Ve usted? En eso nos diferenciamos. A mí me sale al rostro aunque no pronuncie palabra.

CABECITA. Y él, ¿qué le ha dicho? ¿qué le ha dicho de mí?

AMADOR. ¡Oh! Muchas verdades que yo siento.

CABECITA. Me hubiera gustado estar escuchándolo detrás de la puerta. ¡Es tan curiosa esa confidencia de dos hombres tocante a una misma mujer! ¡Nunca podemos oír a los hombres solos; sin nosotras delante, sin la mentira de la galantería!... ¿Qué le ha dicho Teófilo de mí?

AMADOR. *Con turbación de amor; subrayando intencionadamente sus palabras.* Repito que muchas verdades que yo siento. Que es usted el sol de esta casa; que el hombre a quien usted quiera será el más dichoso de todos; que conocerla a usted y adorarla debe ser simultáneo...

CABECITA. *Turbada también por su parte.* ¿Eso le ha dicho a usted?

AMADOR. Eso me ha dicho... ¡a mí! ¡A mí, Cabecita! ¡A mí me ha dicho eso!

CABECITA. ¡Qué bueno es ese hombre!

AMADOR. Y ¡qué misterioso!

CABECITA. Y ¡qué misterioso también!

AMADOR. Yo, sin embargo, he logrado esta tarde hacer alguna luz en ese misterio.

CABECITA. ¿Sí?

AMADOR. Alguna nada más; porque indudablemente defiende su secreto, o le agrada verse envuelto en nieblas... Pero, en fin, me ha rasgado el velo un poquitillo y me ha dicho que se ausentará en plazo breve y que en adelante ha de vivir fuera de España.

Cabecita. ¡Ah! ¿sí? ¡Qué raro! Aquí entra con toda confianza... y nada sabíamos.

Amador. Pues así me lo ha confesado con todas sus letras... a una intencionada pregunta mía.

Cabecita. *Comprendiendo.* Ya.

Amador. ¿La entristece a usted?

Cabecita. Me ha sorprendido... Es persona a quien en casa queremos mucho... Se ha hecho querer en poco tiempo. Acompaña y ayuda en sus afanes a mi padre. Mi padre va sintiéndose viejo y necesita, a pesar suyo, seguir trabajando. Y un colaborador como Teófilo no se encuentra todos los días. Es inteligente, es honrado, es muy cariñoso... Y personalmente... ¡tan simpático! Es de estas personas que en su sola presencia llevan ya una recomendación. ¿No lo cree usted así?

Amador. *Tragando saliva.* Evidentemente.

Cabecita. ¡Lástima que se vaya! A lo mejor puede que no lo tenga resuelto.

Amador. Sí, sí lo tiene; me lo ha declarado de hombre a hombre. Se va.

Cabecita. Pues es una lástima. Papá va a sentirlo enormemente. Y todas nosotras.

Amador. ¿Todas?

Cabecita. Todas, Amador; todas.

Amador. Sí, sí... me hago cargo... Ya considero... Pero Dios proveerá, Cabecita... No han de faltarle a don Salustiano nuevos auxiliares... Además, todavía... Y, vamos a ver; ya que nos hemos metido en confidencias—disculpe si soy indiscreto—: ¿es tan sólo por su papá por quien usted deplora que se aleje Teófilo?

Cabecita. Tan sólo, no; principalmente.

Amador. ¿Tan sólo, no?

Cabecita. Hombre, la ausencia de un amigo así, ¿quién no la deplora?

AMADOR. Pero, bien, en la vida, Cabecita, hay un sentimiento superior al de la amistad, como usted sabe, que es árbitro del mundo; que todo lo resuelve; que de todo mal nos consuela. ¿No es así? *Cabecita lo mira, y por su mente pasa una idea diabólica.* Quien calla, otorga; ¿no es así? *Cabecita vuelve a mirarlo, sonriente.* ¿Qué rayo de luz es ese que me deja usted ver?

CABECITA. Amador, yo no he dicho nada...

AMADOR. En ocasiones, una sonrisa es un discurso.

CABECITA. Ignoraba yo que fuese oradora.

AMADOR. Pero la sonrisa de usted a mi pregunta, ¿no significa por ventura lo que yo veo?

CABECITA. Quizá... no sé...

AMADOR. ¡Sí sabe, picarona!

CABECITA. ¿Sí sé?

AMADOR. ¡Sí sabe!

CABECITA. Y ¿qué es lo que yo sé, Castín?

AMADOR. Algo que no sé si atreverme a decirle.

CABECITA. ¿Por qué?

AMADOR. Porque no me quisiera engañar.

CABECITA. Y ¿usted se engaña nunca? ¡Un hombre tan precavido, tan juicioso, de tanta experiencia!... ¡Atrévase usted ya, Castín!

AMADOR. ¿Me atrevo?

CABECITA. ¡Atrévase usted! ¡Rompamos de una vez para siempre este otro misterio! ¡Luz! ¡luz!

AMADOR. ¿Luz?

CABECITA. ¡Luz!

AMADOR. ¿Luz? *Decidiendose.* ¡Pues ahí va toda la de mi alma! Yo la adoro a usted, Cabecita; yo aspiro a ser ese afortunado mortal que la gane para compañera. ¿Lo seré? ¡Sáqueme de dudas!

CABECITA. ¡Ay! ¡Gracias a Dios!

Amador. ¿Qué oigo? ¿Le alegran mis palabras?

Cabecita. ¡Como la luz del día! ¡Basta ya de enigmas y de equívocos! Hablemos claro. ¡Ya no tendrá usted que consultar a nadie más!

Amador. ¡Oh! ¡Bendita boca!

Cabecita. Desde que lo conozco a usted estoy haciendo los imposibles por que no llegase este momento...

Amador. ¿Cómo?

Cabecita. Y ahora, en un instante, he procurado atraerlo con toda mi alma. ¡Ya llegó!

Amador. ¿Que antes quería usted que no llegase y ahora lo ha procurado? Me desorienta usted, Cabecita...

Cabecita. Pues le voy a dar una brújula ahora mismo.

Amador. ¡Venga!

Cabecita. Sabía que usted me miraba con una inclinación amorosa, y yo me resistía a tener que advertirle a amigo tan bueno, que no iba a ser correspondido. Hubiera querido que lo advirtiese él...

Amador. ¡Cabecita!

Cabecita. Y ahora, de pronto, por razones que a nadie importan más que a mí, he deseado vivamente tener que cantárselo claro; redondamente; sin atenuación de ningún género...

Amador. *Estupefacto.* ¡Cabecita! ¿Qué me dice usted?

María Nieves asoma en la puerta del foro en este momento. Viene a curiosear qué hace Cabecita, que ha desaparecido del comedor; y al darse cuenta de la escena, se oculta interesada, para poder oír sin ser vista.

Cabecita. ¡Lo que ya era necesario que supiese, por más que a mí me duela!

Amador. Pues ¿y a mí? ¿Y a mí, Cabecita? Pero

está usted muy excitada... ¿No serán los nervios los que la hacen hablar así?

Cabecita. No, señor; sé perfectamente lo que hablo y por qué lo hablo. Lo lamento, Amador, pero tiene usted que resignarse. Su amistad de usted es para mí oro de ley; pero de su amor no hablemos más. No hablemos. ¿Qué quiere usted? Yo para el amor soy muy extraña; muy difícil. Suele sucederme que el hombre que me gusta por fuera no me gusta por dentro, y el que me gusta por dentro no me gusta por fuera. Y los hay también que no me gustan por fuera ni por dentro. ¡Y necesito tropezar con uno que me guste por dentro y por fuera! Soy muy difícil, muy difícil.

Amador. ¡Pero muy difícil! ¡A mí no me ha pasado otra!

Cabecita. ¡Ni a mí tampoco!

Amador. ¡Porque es que, de improviso, me ha abierto usted de par en par las puertas del cielo... y en seguida, cuando yo iba a entrar satisfecho en la gloria, no ya es que me ha dado usted con las puertas en las narices, es que me ha cogido las narices entre las dos!

Cabecita. Bien que lo deploro, amigo mío...

Amador. ¡Bien que lo deploro!... ¡bien que lo deploro!... *Desconcertado, lleno de despecho y de vergüenza.* ¡No basta... no me satisface!... ¡A un hombre como yo!... ¡como yo!... Cabecita, usted me perdone... Temo proferir algún concepto indigno de mí, llevado de... de... ¡Es que no me ha pasado nunca!... ¡Es nuevo!... ¡es nuevo!... En mi escudo... en mi campo... Usted me permitirá que me retire a serenarme y a reflexionar... Voy a casa de mis amigas las de Yugo a saludarlas... a...

Cabecita. Las de Yugo están allá dentro, en el comedor...

Amador. Ya lo sé... Hablaré con su padre...

Cabecita. Su padre está también en el comedor...

Amador. ¡Pues hablaré solo! ¡Tocaré la pianola!... Usted me disculpe, Cabecita... Todo, menos continuar entre estas paredes... en presencia de usted... en el estado en que me hallo... Temo... temo... Ya seguiremos esta conversación... Me ha herido el golpe en lo más vivo... ¡en lo más vivo!... A los pies de usted.

Cabecita. Beso a usted la mano.

Amador. ¡A mí!... ¡a mí!... ¡Y después de tantas precauciones! ¡Lo inconcebible!

Vase a casa de las de Yugo echando chispas.

Cabecita. *Más excitada que el, tambien habla sola.* ¡A ti! ¡a ti! ¡Por fatuo! ¡por vano! ¡por necio! Y ¡ojalá lo hubiera hecho antes sin escuchar consejos ni amonestaciones! ¡Tú has sido, tú, quien aumentaba la timidez, la reserva del otro! ¡Qué claro lo he visto en un segundo!

Vuelven del comedor por la puerta de la derecha, con las caras largas, la familia de Yugo y don Salustiano, Eladia y María Nieves. A la cuenta esta los ha enterado de la imprevista novedad. Cabecita no logra reprimir la excitación que la posee.

Eladia. ¿Qué ha sido?

Don Salustiano. ¿Qué nos ha dicho ésta?

Amantina. ¿Y Amador?

Delfina. ¿No estaba aquí Amador?

Cabecita. Sí, señora; aquí estaba. Pero acaba de irse a casa de ustedes.

Delfina. ¿Sabiendo que estábamos aquí?

Cabecita. Sabiéndolo, sabiéndolo. No ha querido permanecer a mi lado ni un minuto más.

María Nieves. *A Eladia.* ¿Lo ves tú?

Amantina. Pues, ¿qué ha sucedido?

Cabecita. Ha sucedido... ha sucedido... Él se lo contará a ustedes mejor que yo. Yo soy una chiqui-

lla sin fundamento y él una persona muy razonable. ¡Muy razonable!

Don Salustiano. Pero, chiquita, ¡estás fuera de ti!

Delfina. ¡Sí que no parece la misma!

Amantina. ¡No lo parece!

Cabecita. Ustedes me disculparán...

Amantina. Sí, sí... Vámonos, Delfina, a ver cuanto antes a nuestro amigo.

Delfina. Vámonos, vámonos... Discúlpennos ustedes también.

Eladia. Sí, sí... ¿cómo no?

Don Salustiano. ¡Qué demonio!

Amantina. ¿Quién podía presumir?...

Delfina. Yo voy absorta, absorta...

Eladia. Esta hermana mía...

María Nieves. Tiene genio de dictador.

Amantina. ¡Jesús! ¡Jesús!

Delfina. ¡Jesús!

Se van por la puerta del foro hacia la izquierda, haciéndose cruces, Delfina y Amantina Yugo, Eladia y María Nieves. Las siguen don Inocencio y don Salustiano, quienes en la misma puerta cambian también cuatro palabras sobre el hecho insólito.

Don Inocencio. ¿Usted lo entiende? ¡Porque yo no lo entiendo!

Don Salustiano. ¿Qué?

Don Inocencio. ¡Que no lo entiendo!

Don Salustiano. ¿Cómo?

Don Inocencio. *Alzando excepcionalmente la voz.* ¡Que no lo entiendo!

Don Salustiano. ¡Eso me pasa a mí!

Se van. Cabecita permanece desasosegada y muy nerviosa.

Cabecita. ¡Buena van a ponerme ahora entre todos! ¡Mejor para ellos! ¡Y así se enterará quien a mí me interesa!

Vuelven Eladia, María Nieves y don Salustiano, con la natural curiosidad, y esperando que Cabecita se iustifique.

MARÍA NIEVES. Pero, chica...

CABECITA. ¿Qué?

MARÍA NIEVES. Sosiégate; no te alborotes ..

ELADIA. ¿Qué ha pasado?

DON SALUSTIANO. Eso; ¿qué ha pasado?

CABECITA. ¡Lo que más temprano o más tarde tenía que pasar! ¡Que he mandado con viento fresco a ese monote!

DON SALUSTIANO. ¡Pitillo! ¿Le has dado calabazas?

CABECITA. ¡Las mayores que se han dado en lo que va de siglo!

ELADIA. Pero, ¿lo has pensado bien, hermana?

MARÍA NIEVES. ¿Lo has pensado bien?

ELADIA. ¡Sí que estamos para desaires!

DON SALUSTIANO. ¡Válgame Dios! ¡válgame Dios!

ELADIA. ¡Cabecita, tú te has vuelto loca!

CABECITA. ¡Todo lo contrario! ¡He tenido un ataque violento de sentido común! ¡No sé qué os sorprende! ¿Pensabais de veras que alguna vez había yo de aceptar a ese hombre? ¿Por qué? ¿Por qué razón? ¿Porque tiene dinero? ¿Y el alma? ¿Porque es un buen partido, como dicen? ¿Y el alma? ¿Qué hay de común entre él y yo? ¿Qué veis en él para que a mí pueda agradarme? ¡Él es de un metal y yo de otro! ¿Por qué tenía yo que decirle que sí? ¿Por que hay que casarse? ¿Por que las mujeres hemos de casarnos? ¡Pues por eso menos que por nada! ¡Me quedo soltera cien veces, aunque me llamen solterona algún día y aunque, si llego a vieja, sirva de irrisión! ¡Yo no me caso sin que el hombre que me quiera me atraiga; sin que me enamore! ¡Qué horror! ¡Vivir a todas horas, toda

la vida, como con un extraño junto! ¡Qué miedo! ¡Poder tener hijos con el temor de que se parezcan a su padre! ¡No! ¡no! ¡no!

DON SALUSTIANO. ¡Cabecita de mi corazón, has puesto cátedra!

La abraza y la acaricia. Las hermanas cambian entre sí un gesto de resignación y desencanto.

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

En el mismo lugar que los anteriores y en vísperas de Reyes. Es a primera hora de la tarde.

Eladia y Conrado, a la camilla, leen. Ella, un libro, y el, un periódico.

CONRADO. ¿Qué?

ELADIA. Nada.

CONRADO. ¿No me habías hablado?

ELADIA. No.

CONRADO. Creí...

Pausa.

ELADIA. ¿No te cansa leer los periódicos?

CONRADO. Sí; pero, ¿qué voy a hacer? Hay que enterarse de lo que sucede por el mundo.

ELADIA. Crímenes y atropellos.

CONRADO. O patadas y puñetazos. Esta gente moderna no se divierte más que así. ¡Qué salvajes!

ELADIA. ¿Por qué no lees alguna novela?

CONRADO. Bastantes quebraderos de cabeza tengo yo para preocuparme con las tonterías imaginarias.

ELADIA. Bueno, hombre, bueno.

Nueva pausa. Viene Manolo de la calle por la puerta del foro, y se va por la de la derecha. Pasa cantando.

MANOLO.

Pero se te orvía, pero se te orvía...

Nos aburrimos, ¿eh?

CONRADO. Nos aburrimos.

ELADIA. Eso es cuenta nuestra.

MANOLO.

... Que toíto lo malo se paga en vía...

CONRADO. ¿Ves tú? Por esta y otras cosas de tus hermanas es por lo que reñimos luego nosotros.

ELADIA. Tú mismo acabas de declararle que nos aburrimos.

CONRADO. Y tú, que es cuenta nuestra. Que nos dejen en paz. ¿Nos aburrimos? ¡Bueno! ¡Pues que los demás se diviertan, si pueden! Será sino nuestro aburrirnos. Y, en último término, vale más aburrirse juntos, que no desesperarse de estar separados.

ELADIA. ¡Eso, sí! ¡Mira que hemos llevado un mesecito!...

CONRADO. Sin contar con que a lo mejor nos casamos... y nos aburrimos del todo.

ELADIA. ¡Eso, no!

CONRADO. ¿No?

ELADIA. ¡No!

CONRADO. Me alegro de que estés tan segura. ¡A ver si cuaja el destino ese... que me ha ofrecido ese señor en la fábrica esa!

ELADIA. ¡A ver si cuaja! ¡Quiéralo Dios!

CONRADO. No cuaja, no cuaja.

ELADIA. Hombre, la esperanza es lo último que se pierde.

CONRADO. Verás como no cuaja. No me gusta hacerme ilusiones.

Continúan leyendo en silencio. A poco, por la puerta de la derecha, sale la prima Leonor, sin sombrero.

PRIMA LEONOR. *Contemplándolos.* ¡Jesús! ¡Qué aburridos!

CONRADO. *Entre sí.* ¡Dale, bola!

PRIMA LEONOR. ¿Cómo?

CONRADO. Nada.

PRIMA LEONOR. Pero, ¿qué novios son éstos que se dedican a leer en vez de mirarse a los ojos? ¿Habrá sosería?

CONRADO. Señora, cada uno tiene su carácter. Y la sal, poca o mucha, que le pusieron en el bautizo.

PRIMA LEONOR. ¡Yo, que me he ofrecido a ser madrina de la boda!

CONRADO. Pues espérese usted un ratito largo. ¡Qué prisa tiene todo el mundo en que nos casemos! Menos ésta y yo.

ELADIA. Te diré...

CONRADO. No; no me digas nada, que no quiero enfadarme. Vámonos a casa de las de Yugo a ver el nacimiento. ¿No querías que lo viera?

ELADIA. Sí. ¡Como que es el acontecimiento de la vecindad!

CONRADO. ¿Está allí Cabecita?

ELADIA. Allí está, sí. Y Lino. Ya verás, Conrado, la instalación eléctrica que ha puesto. ¡Están locas las viejas! Anochece, amanece... la estrella de Oriente camina... Ya verás, ya verás.

CONRADO. Vamos a ver ese prodigio.

PRIMA LEONOR. Entonces, cuando esté lista María Nieves, yo paso por ahí y te recojo para ir a esas compras; ¿no, Eladia?

ELADIA. Eso es.

CONRADO. ¿Adónde van ustedes?

PRIMA LEONOR. ¡Por juguetes para que se los traigan los Reyes Magos a todos los chiquillos de los amigos! ¡Ya que yo no los tengo, ni aquí los hay todavía tampoco...! ¡Ustedes podían tener uno de diez años!

CONRADO. ¡A esa edad no creen ya los niños en los Reyes! Anda, Eladia.

ELADIA. ¡Es que el de diez años sería el mayor! ¡Los otros más pequeños sí creerían!

CONRADO. ¡Y nos los iba a mantener el Banco de España!

ELADIA. Deja eso y vamos ya. Hasta ahora, prima.

PRIMA LEONOR. Hasta ahora.

CONRADO. Quede usted con Dios.

ELADIA. Dile a María Nieves que se lleve para allá mi sombrero y mi abrigo. *Suspirando.* ¡Ay, Dios mío!...

Se va con Conrado por la puerta del foro, hacia la izquierda.

PRIMA LEONOR. ¡Hace falta la pasta que tiene mi prima para soportar a ese pelmazo! ¡Condenación de hombre!

Se sienta y hojea el libro que leía Eladia. Un momento después aparece por la puerta del foro don Celio, que viene de la calle, y que se sorprende de hallar allí a su bella amiga.

DON CELIO. ¡Qué aburridos van ésos!

PRIMA LEONOR. *Levantando la vista del libro.* ¿Eh?

DON CELIO. ¡Oh! Decía que qué aburridos van ésos.

PRIMA LEONOR. ¡Ah!

DON CELIO. ¡Y nada más lejos de mi ánimo que pensar que había de hallarla a usted aquí!

PRIMA LEONOR. Yo tampoco esperaba ver a usted, ciertamente.

Se dan la mano.

DON CELIO. Es probado que nos atraemos.

PRIMA LEONOR. Sería una injusticia negarlo. Ahora, que...

DON CELIO. ¿Qué?

PRIMA LEONOR. Que siempre nos encontramos en esta casa.

Don Celio. Por algo será.

Prima Leonor. ¿Ha recibido usted mi esquelita?

Don Celio. La he recibido, sí. Y hasta he hecho un estudio grafológico a la vista de ella. ¡Qué letra, Leonor! ¡Qué limpia y qué clara! Escribe usted lo mismo que mira.

Prima Leonor. ¿Vamos a empezar ya?

Don Celio. ¿A qué?

Prima Leonor. A lo de siempre que nos vemos.

Don Celio. Es inevitable. Cuando hablemos mañana en su casa de usted, a cuya cita acudiré puntualmente, se convencerá, al fin, de la desinteresada inocencia de todas mis flores.

Prima Leonor. La carta en que me pide usted la entrevista está escrita en un tono tan grave, que no me he atrevido a invitarlo a usted a almorzar para que charlásemos.

Don Celio. Ha hecho usted muy bien. Se lo agradezco sinceramente. Sería una vergüenza que yo almorzase con usted.

Prima Leonor. ¿Cómo? ¿cómo?

Don Celio. Una vergüenza para mí. ¡Iba usted a verme pedir un huevo pasado por agua y una fruta!

Prima Leonor. ¡Ja, ja, ja! Se me ocurre una cosa.

Don Celio. ¿Qué se le ocurre a usted?

Prima Leonor. ¿Hay inconveniente en que tratemos ahora mismo del particular; de ese asunto tan serio?

Don Celio. ¿Aquí?

Prima Leonor. ¿Hay inconveniente? O ¿le agrada a usted más la soledad de mi gabinetito?

Don Celio. Sí... y no. ¿Quién está en la casa?

Prima Leonor. Solamente don Salustiano y Teófilo, metidos allá en sus papelotes; y María Nieves, que se está componiendo para salir de compras conmigo. Nadie nos interrumpiría.

Don Celio. Pues, mire usted: vamos a aprovechar la ocasión. Vamos a hablar aquí.

Prima Leonor. Me alegro. Porque no le niego a usted que estoy muerta de curiosidad.

Don Celio. Me lo explico.

Prima Leonor. A ver, a ver... ¿Qué es ello?

Don Celio. *Suspirando hondamente.* ¡Ay!... Ello es algo que se parece a un testamento, amiga mía.

Prima Leonor. ¿A un testamento?

Don Celio. Usted lo verá. Sólo que yo, siempre aficionado a la belleza, en vez de buscar a un notario calvo y con gafas, la he buscado a usted... que tiene esos ojos y ese pelo.

Prima Leonor. Es usted singular.

Don Celio. Sí, Leonor, sí. Debo hacer testamento. Estoy destruído. Como me decía hablando de sí una Margarita Gautier de la Alameda de Hércules de Sevilla, «voy a durar menos que un *misto*».

Prima Leonor. ¿Que un tren mixto?

Don Celio. Que un fósforo.

Prima Leonor. ¡Ja, ja, ja! Y ¿con ese humor quiere usted hacer testamento?

Don Celio. Este humor es reflejo; no me pertenece: es el de la amiguita sevillana. Yo fuí su Armando varias primaveras... ¡Ay!... Las camelias eran claveles reventones.

Prima Leonor. ¡Vaya, vaya! Viendo estoy que el asunto no va a ser tan solemne como usted ha querido pintármelo.

Don Celio. ¿Conque no? Contésteme usted ante todo a esta pregunta, sin cuya respuesta no podemos pasar adelante.

Prima Leonor. Venga la pregunta.

Don Celio. Hábleme usted como al confesor.

Prima Leonor. ¡Jesús!

Don Celio. Como al confesor. ¿Usted, verdaderamente, ha resuelto no volver a casarse?

Prima Leonor. Lo he resuelto.

Don Celio. ¿Joven, hermosa, llena de salud?...

Prima Leonor. Es igual; esté usted seguro de que nunca más me casaré. Son votos eternos de mi conciencia.

Don Celio. Sublime convicción; maravillosa austeridad. Usted es la mujer que a mí me hace falta.

Prima Leonor. ¿Eh?

Don Celio. No se alarme usted, Leonorcita. Insisto en que voy a durar muy poco en este mundo de los vivos. Y, convencido de ello, deseo continuar siendo en esta casa, cuando cierre el ojo, el mismo papaíto honorario, el mismo disimulado protector. Me quita el sueño la suerte que puedan correr estas criaturas cuando su padre de verdad también les falte.

Prima Leonor. Y, claro, usted, quizás por lo mismo, se propone legarles parte de su fortuna...

Don Celio. Yo no tengo fortuna, Leonor; yo no tengo sino algunos derechos adquiridos en diversos empleos, ya oficiales, ya particulares. Si dejase viuda al morir, le corresponderían a la buena señora hasta tres pensiones de viudedad, muy honrosas y muy saneaditas, que en total suman algunos miles de pesetas. Pero como voy a morir soltero del todo, ese dinero que me corresponde por mis servicios en la vida, no saldrá de las cajas en que se halla, ni irá a aliviar luego ninguna necesidad en nombre mío.

Prima Leonor. ¿Entonces?

Don Celio. Entonces... ¿Va usted percatándose?

Prima Leonor. A medias.

Don Celio. Por lo visto es extraño mi pensamiento Leonor Oliva, prima Leonor, mamaíta honoraria también de mis hijas espirituales, yo no oso

pedirle a usted que sea mi esposa, pero sí me permito pedirle que se avenga a ser mi viuda.

PRIMA LEONOR. ¿Su viuda? ¡Qué extravagancia!

DON CELIO. Mi viuda, sí.

PRIMA LEONOR. ¡Ave María Purísima! ¿Está usted loco?

DON CELIO. ¡Horror de horrores! ¡Ni muerto me quiere esta mujer!

PRIMA LEONOR. No es eso, amigo mío. Es que... Usted no se fija en lo que dice... ¿Cómo voy yo a ser su viuda sin casarme primero?

DON CELIO. Y ¿quién le ha dicho a usted que no hemos de casarnos?

PRIMA LEONOR. Pero ¿no me ha oído usted antes, Don Celio? ¿A qué vino entonces su pregunta?

DON CELIO. Poco a poco. Lo que yo le propongo a usted es un casamiento *sui generis;* de ahí que necesitase la afirmación de que usted no pensaba en ser ya jamás de hombre ninguno. Yo no soy un hombre: soy una sombra, una pavesa...

PRIMA LEONOR. No tanto, no tanto...

DON CELIO. ¿No tanto? *Se atusa maquinalmente el bigote.*

PRIMA LEONOR. No tanto. Y le ruego que termine de aclararme su idea, que me he puesto un poco nerviosa.

DON CELIO. ¡Si después de todo es muy sencilla! Usted se casaría conmigo, y no uniríamos nuestras vidas, sino nuestros nombres tan sólo. ¿Me entiende?... Así, al faltar yo, usted recogería mis tres pensiones de viudedad... y con sus manitas de rosa se las regalaría a estas pobres muchachas, huérfanas de toda protección. ¿Es puro y está claro mi intento?

PRIMA LEONOR. *Conmovida.* No puede estarlo más.

Largo silencio. Don Celio dice luego, leyendo en el ánimo de la hermosa mujer.

Don Celio. No tema usted nada; yo seguiría siendo, mientras viviese, el amigo particular de usted; nada más que el amigo.

Prima Leonor. ¿Nada más?

Don Celio. Nada más.

Prima Leonor. ¿Está usted seguro?

Don Celio. *Caballerosamente.* Yo, sí.

Prima Leonor. Yo, no.

Don Celio. ¿Por usted?

Prima Leonor. ¡Por usted!

Don Celio. Le juro, Leonor...

Prima Leonor. No se confíe demasiado, don Celio. ¡Un hombre de su historia, de su vida, de sus costumbres!... ¡Cualquiera se fía!

Don Celio. ¡Fíese usted, Leonor, fíese usted!... ¡Ay!... ¡Los años y los propósitos mudan a las personas!...

Prima Leonor. El corazón no cambia, sin embargo. Y ¿no es de temer, por ventura, que al calor de esta misma llama generosa que usted pretende que nos enlace algún día, enternecidos de nuestra propia acción, pudiésemos acaso burlarla...?

Don Celio. En tal hipótesis, si llegara ese momento vagamente temido por usted, como al fin y al cabo nos cogería unidos ante Dios...

Prima Leonor. Sí; pero entonces faltaría yo a mis votos. Y no quiero; eso sí que no quiero. Además, como nadie estaría dentro de la pureza de nuestra intención, ¿qué pensarían de mí cuantos me han oído...?

Don Celio. Y ¿por el hablar de la gente vamos a dejar de hacer una buena obra?

Prima Leonor. Y ¿por qué he de ser yo quien la haga?

Don Celio. Porque nadie como usted quiere a estas criaturas. Y mi deseo necesita, para cumplirse,

un cariño así, y un desinterés que sólo a ese cariño puede pedírsele.

PRIMA LEONOR. Pero ¿no habrá quizá alguna otra persona, que, por diferentes motivos que yo, quisiera prestarse?... Realmente, para eso... ¿Por qué no piensa usted en una de estas dos señoritas tan buenas de aquí al lado?

DON CELIO. ¿Las de Yugo?

PRIMA LEONOR. Las de Yugo, sí.

DON CELIO. ¡Leonor! ¡Se está usted riendo por dentro! ¿Olvida usted que yo, aun en las ficciones, no sé prescindir del buen gusto?

PRIMA LEONOR. ¡Hola! Aquí quería yo venir a parar. Vea usted como cierto temor mío llega a justificarse... Sin contar con otro reparo, don Celio...

DON CELIO. ¿Con cuál?

PRIMA LEONOR. Por santa que sea la intención, lo que usted me propone es una inadmisible superchería.

DON CELIO. ¡El fin justifica los medios!

PRIMA LEONOR. *De pronto; con viveza.* Casi optaría, si me decidiera, por sacrificar mis votos íntimos y hacer las cosas de una vez.

DON CELIO. ¿Qué oigo?

PRIMA LEONOR. Fundándose en el mismo afán generoso hacia las chicas de don Salustiano, ¿sería usted capaz de casarse de veras conmigo?

DON CELIO. *Con carne de gallina.* Pero ¡si me abochornaba aun la sola idea de almorzar!...

PRIMA LEONOR. ¡Ja, ja, ja! ¡Me ha hecho usted reír! ¡Tiene usted muchísima gracia!

DON CELIO. Eso es lo que puede complicarlo todo...

PRIMA LEONOR. ¿Qué?

DON CELIO. ¡Que yo le haga a usted tanta gracia!

PRIMA LEONOR. ¡Pues me la hace usted! Pensare-

mos en esto. A mí me deja usted preocupada de veras.

Don Celio. ¿De veras?

Prima Leonor. No es para menos. Mañana seguiremos hablando. Hay que dormir estas ideas... Son muy graves, muy graves... Adiós, don Celio. Me voy con las chicas.

Don Celio. Hasta mañana, viuda de Vélez de Hinojosa.

Prima Leonor. ¡No; eso, no!

Don Celio. ¿Cómo que no? ¡Tarde o temprano eso tendría que ser! ¡Con mi idea o con la suya! ¿Hay más que vernos?

Prima Leonor. ¡Ja, ja, ja! ¡El demonio del hombre! *Vase por la puerta de la derecha.*

Don Celio. ¡El demonio del hombre!... ¡Estoy perdido! ¡Verá usted por dónde me va a salir a mí este atrevido pensamiento!... En fin, después de todo... entre las formas del suicidio... ¡esa es la única que permite la Iglesia católica!

Por la puerta del foro sale don Salustiano, tan en las Batuecas como siempre.

Don Salustiano. ¡Pitillo! ¡Celio! ¿Qué haces aquí solo?

Don Celio. Estaba acompañado.

Don Salustiano. ¿Sí? ¿De quién?

Don Celio. De la prima Leonor. Acaba de dejarme.

Don Salustiano. ¡Ah! ¿Es esa que se reía por ahí dentro?

Don Celio. ¡Seguro! Motivos lleva...

Don Salustiano. Te gusta a ti mucho Leonor. Hablas mucho con ella.

Don Celio. ¡Todo lo que puedo!

Don Salustiano. Sí, ¿eh? Pero... ¿con segunda?

Don Celio. ¿A ti qué te importa, si no vives más que para el pretérito?

Don Salustiano. Sólo que algunas veces me asomo al presente... Y mira lo que haces, porque a tu edad, ciertas aventuras... Tú no estás ya para esos trotes.

Don Celio. ¿Habráse visto? ¿Quién te ha contado a ti...? ¡Nadie sabe de nadie! ¡Métete tú en tu Museo Arqueológico, y déjame a mí discurrir por el mundo, que no necesito andadores!

Don Salustiano. ¡Je! ¡Se ha picado! ¿Qué será que a uno que está siempre diciendo que tiene largas las narices, en cuanto se lo dice otro se incomoda?

Don Celio. ¿Qué será?

Simplicia, que un momento antes ha pasado por el pasillo del foro de derecha a izquierda, aparece en la puerta con una sonrisa de indudable satisfacción. Debe de haber hecho las paces con su novio.

Simplicia. Señor.

Don Salustiano. ¿Qué quieres?

Simplicia. *Anunciando.* El señor Castín.

Don Salustiano. ¿El señor Castín? ¡Que pase!

Simplicia. ¡Viene guapísimo! ¡Y huele más que nunca! *Se retira.*

Don Salustiano. Ha conquistado a ésta, como ves. No ha vuelto por aquí desde las calabazas que le dió Cabecita.

Don Celio. Ya, ya.

Llega Amador Castín, resplandeciente. Simplicia cruza por el pasillo hacia la derecha, mirándolo encantada.

Amador. ¡Mi querido don Salustiano!

Don Salustiano. ¿Cómo va, Amador?

Amador. Don Celio...

DON CELIO. ¡Hola, joven!

Amador lo mira, entre agradecido y receloso.

DON SALUSTIANO. Mucho se le echaba de menos en esta casa...

AMADOR. Ahora explicaré... Lo agradezco infinito...

DON SALUSTIANO. Siéntese.

AMADOR. Las chicas, ¿están buenas?

DON SALUSTIANO. Buenas; buenas. Aquí no hay novedad ninguna.

AMADOR. Lo celebro. Pues yo deseaba venir para justificar mi ausencia, para explicar... Como he interrumpido mis visitas... Temía, la verdad, que se interpretara equivocadamente... He estado malucho.

DON SALUSTIANO. ¡Ah! ¿sí? ¡No hemos sabido nada! ¿Qué ha sido ello?

AMADOR. Un cólico hepático.

DON SALUSTIANO. ¡Pitillo!

DON CELIO. Pues eso es muy desagradable, amigo Castín.

AMADOR. ¡Muy desagradable, sí, señor! ¡El primer cólico que he tenido en mi vida! ¡Yo no había tenido nunca un cólico de ninguna especie! ¡Nunca! Así despedí el año. ¿De manera que las muchachas siguen buenas?

DON SALUSTIANO. Muy buenas; sí, señor. Lo que no sé ahora mismo es dónde están.

DON CELIO. Ahí al lado, en casa de sus amigas de usted, las de Yugo, que han puesto un nacimiento que creo que es una decoración de ópera.

AMADOR. ¡Sí, sí; lo conozco! ¡Lo ponen siempre! ¡Es magnífico!

DON CELIO. Pues por lo menos Eladia y Cabecita están ahí.

AMADOR. ¡Ah! ¡Cabecita!... ¡Cabecita!... *Sin poder contenerse.* ¡Hombre! Ya que salta este nombre en

la conversación... permítanme ustedes una pregunta. Me dirijo al padre y al paternal amigo: ¿ustedes conciben... ustedes comprenden lo que con Cabecita me ha pasado a mí?

DON SALUSTIANO. Yo, desde luego, no.

AMADOR. Usted no, ¿verdad?

DON SALUSTIANO. No.

AMADOR. *A don Celio.* ¿Ni usted tampoco?

DON CELIO. Tampoco.

AMADOR. Tampoco, ¿eh? ¡Claro! ¡Opinan ustedes como yo!

DON SALUSTIANO. Yo, es más, la he reprendido, la he amonestado...

AMADOR. ¡Natural! ¡Si usted es quizá quien más me animó a mí!... ¿Se acuerda usted de una noche en la Plaza de Oriente?...

DON SALUSTIANO. ¡Ya lo creo que me acuerdo!

AMADOR. ¡Y usted, don Celio, usted también! ¡Como que yo dí el paso que dí asesorado por todo el mundo! ¿Se acuerda usted de una tarde en el Casino?...

DON CELIO. ¿No me he de acordar? ¡De esa tarde y de muchas!

AMADOR. ¡Pues vea usted el resultado, no obstante! ¿Quién podía presumirlo? ¡A mí no me habían dado nunca calabazas! ¡Nunca!

DON CELIO. Estaba usted limpio de calabazas y de cólicos.

AMADOR. ¡Justo, justo! No es para echarlo a broma... Y le advierto a usted que ni lo conciben mis primas, que son muy discretas; ni mi tío Gerardo, que es persona de mucho mundo, capitán de navío; ni mi administrador; ni una prendera de mi intimidad, mujer juiciosísima, con quien tengo confidencias frecuentes... ¡Nadie! ¡nadie! ¡No lo concibe ni se lo explica nadie! Cito el caso de la prendera para

que se vea que he pulsado opiniones de todas clases.

Don Celio. Sí, sí.

Don Salustiano. Y ¿nadie lo entiende?

Amador. ¡Nadie! ¡Como que no tiene explicación! Yo me analizo... yo analizo el caso... yo lo analizo todo... ¡y es verdaderamente incomprensible! A menos que... Voy a ser en absoluto sincero... No quería hablar tanto del particular, y no acierto a hablar de otra cosa. Decía que a menos que... ¿No podrá estar la clave del enigma en que Cabecita se halle tal vez ilusionada con alguna persona de las que frecuentan aquí su trato?

Don Salustiano. No creo...

Amador. Más claro: ¿no sospecha usted, querido amigo, que Teófilo...?

Don Salustiano. *Rotundamente.* ¡No!

Amador. ¿No?

Don Salustiano. ¡No!

Amador. ¿Piensa usted que no?

Don Salustiano. ¡Claro que no!

Don Celio. Pues yo, con Amador en este caso, pienso que sí.

Don Salustiano. ¿Eh?

Amador. ¿Usted piensa también que sí? ¿Usted opina como yo?

Don Celio. Y como cualquiera que sepa ver algo más que papeles antiguos. Hace falta estar ciego para no advertir la mutua atracción de Cabecita y de Teófilo.

Don Salustiano. ¡Pitillo!

Don Celio. ¿Qué?

Don Salustiano. Ahora que me lo dices... Pero ¡vive Dios! que lo deploro con toda mi alma... ¡Válgame el Señor! ¡Claro! Cabecita no sabe... Es terrible, es terrible esto... ¡Qué cosas!...

Don Celio. Pero, ¿qué es lo no sabe Cabecita?

Amador. Eso, eso; ¿qué es lo que no sabe?

Don Salustiano. Lo que yo mismo he sabido por Teófilo hace muy pocos días, reservadamente... Me lo confesó en trance de despedida... Se marcha a París; tiene que dejarme... Ahora me doy yo cuenta, además, de la pesadumbre que esto le causa... Lloraba cuando me lo decía... Figúrense ustedes que parece que se casó muy joven, que lo traicionó su mujer, que a poco se muere del desengaño, y que desde entonces vive lejos de ella, ocultando esta historia amarga y avergonzado de su suerte... ¡Pobre muchacho!

Don Celio. ¡Pobre Cabecita!

Amador. ¡Lo que menos podía esperarse! ¡Pero esto ya tiene otro color!

Don Salustiano. ¿Cómo?

Don Celio. ¿Qué dice usted?

Amador. ¿No opinan ustedes como yo, señores, que esto ya tiene otro color? Lamentemos de común acuerdo la desgracia de ese estimable joven; pero sonriamos a la esperanza, de común acuerdo también, y volviendo los ojos a Cabecita, que es quien más debe preocuparnos. ¡El horizonte se aclara por segundos! Cabecita, según usted, ignora las circunstancias del galán; ¿no es así?

Don Salustiano. Sí, señor; así es...

Amador. ¡Pues entonces!... ¡Bah! ¡Ya estoy seguro! ¡Y ustedes forzosamente lo estarán conmigo! Entre ese hombre y Cabecita media el abismo de lo imposible. En cuanto Cabecita lo sepa, el castillito de naipes de su imaginación se vendrá abajo y la realidad le enseñará el espejo en que debe mirarse. ¡Esto ya tiene otro color! ¿No es verdad, amigos? ¡Otro color! ¡otro color! Me alegro de que piensen ustedes así.

DON SALUSTIANO. *Apabullado.* Sí, sí; la cosa cambia... la cosa...

AMADOR. ¡Tiene ya otro color!

DON CELIO. *Con ironía.* Evidentemente, amigo Castín; tiene otro color... Pero, ¡qué distinto! ¡qué distinto!

AMADOR. ¡Por completo distinto! ¡Qué diablo! La felicidad, como la desgracia, no avisa, no previene; asoma, surge de improviso. Yo no sospechaba, por cierto, esta tarde que me esperase aquí. Voy, con la venia de ustedes, a saludar a mis amigas las de Yugo y a ponerme a los pies de la encantadora Cabecita. Don Salustiano...

DON SALUSTIANO. Acompaño a usted.

AMADOR. No se moleste.

DON SALUSTIANO. Lo hago muy gustoso...

AMADOR. Don Celio...

DON CELIO. Adiós, hombre feliz.

AMADOR. Lo soy, lo soy. ¡Y aún he de serlo más! *Se marcha con don Salustiano, hirviendo en ideas optimistas.* ¡Mire usted por dónde!... ¿Cómo no tuve yo la corazonada?... ¡Otro color! ¡otro color!

DON CELIO. *Cuando se queda solo.* ¡Pobre chiquita mía! Quiera Dios que la raíz no esté muy honda.

Queda pensativo. A poco vuelve don Salustiano, que dice desde la misma puerta, aludiendo a Castín:

DON SALUSTIANO. ¡Va por otro cólico!

DON CELIO. Lo merece. ¡Por majadero! Tú, que conoces la historia y la prehistoria, ¿sabes de algún hombre tan majadero como ése?

DON SALUSTIANO. Así de golpe, no recuerdo ninguno. Consultaré mis papeletas...

DON CELIO. Vamos al comedor. Voy a tomar agua con bicarbonato... y hablaremos un poco más de todo esto.

DON SALUSTIANO. Vamos al comedor.

Cuando van a entrar por la puerta de la derecha sale Manolo. Trae una gran cartera en la mano.

DON CELIO. Hola, Manolilla.

MANOLO. Hola, padrinito. *A don Salustiano.* ¿Ocurre algo, papá?

DON SALUSTIANO. No; nada... Escucha, Celio: ¿te enteraste de que ayer vendí dos ejemplares más de mi libro?

Manolo, a la camilla, mientras canturrea, como antes, abre la cartera y examina los papeles que lleva dentro.

Café cantante, cuadro flamenco,
en el tablao bordan los pies...

A la puerta del foro asoman, dispuestas ya para irse a la calle, María Nieves y la prima Leonor. Se detienen un momento hablando con Manolo.

PRIMA LEONOR. Adiós, funcionario. ¿Al fin no vienes con nosotras?

MANOLO. No. Voy a ver si vendo una máquina de escribir, de ocasión, antes de la noche. *Les affaires sont les affaires.* Vosotras, ¿dónde vais?

MARÍA NIEVES. Por los juguetes para toda la chiquillería. ¡Vienen los Reyes Magos pasado mañana!

MANOLO. ¡Los Reyes no vienen jamás! Esa es una de las mil antigüallas que han de ir desapareciendo. A los niños hay que enseñarles desde la cuna que no confíen sino en el trabajo.

PRIMA LEONOR. Oye, oye: a los niños y a los mayores hay que mantenerles siempre viva alguna ilusión, mamarracho.

MARÍA NIEVES. ¡Mamarracho y medio! ¡Supermamarracho!

MANOLO. A propósito de ilusiones, prima: hazle caso a don Celio, que está de un mustio que da pena.

PRIMA LEONOR. A quien no le haré caso nunca será a ti; ni en eso, ni en nada.

MARÍA NIEVES. ¡Ni yo!

MANOLO. ¡Ni falta! ¡Idos a paseo!

MARIA NIEVES. ¡A eso vamos!

PRIMA LEONOR. ¡Por no verte, además!

MARÍA NIEVES. ¡Eso! ¡Por no verte!

MANOLO. ¡Abur!

María Nieves y la prima Leonor se alejan riéndose. Manolo vuelve a su canción.

Café cantante, cuadro flamenco...

Saca del bolsillo una pitillera monísima, va a fumar un cigarrillo y se arrepiente al sentir pasos. ¿Quién? ¡Bah! Lo dejaremos para la calle. En casa de *las de Abel,* fumar una muchacha es pecado terrible.

En esto viene Lino por la puerta del foro, huyendo de Amador Castín.

LINO. ¡No, no, no; más Castín, no! ¡Caray! ¡qué suerte tengo! ¡Manola!

MANOLO. Felices, Lino. ¿Qué decías?

LINO. ¡Que más Castín, no! Acaba de entrar en casa de las vecinas, y he salido corriendo. ¡Más Castín, no! ¡Más descripciones del cólico hepático, no!

MANOLO. ¡Ja, ja, ja!

LINO. ¡Más preguntas sobre lo inexplicable de la conducta de Cabecita con él, no! Chica, ¡qué guapa eres!

MANOLO. ¿Te gusto?

LINO. ¡Toda la vida!

MANOLO. ¿Por dentro y por fuera, como quiere Cabecita que le gusten los hombres?

LINO. Y por arriba y por abajo. ¿Y yo a ti?

MANOLO. Salvo lo adán que eres, siempre me has caído en gracia también.

LINO. ¡Ole!

MANOLO. Eres un hombre independiente, libre; discurres por tu cuenta; te buscas la vida con garbo; te ríes de mil pamplinas a que los demás les dan una gran importancia...

LINO. ¡Ole! Eso casi es una declaración, Manolilla.

MANOLO. Tómalo como quieras.

LINO. ¡Ole! ¿Vamos a casarnos?

MANOLO. ¿Qué dices?

LINO. ¿No lo has entendido? ¡Pues no te lo he dicho en inglés! ¿Vamos a casarnos?

MANOLO. ¡Eso sí que es una declaración; pero de guerra!

LINO. O de paz; según...

MANOLO. Según; ciertamente.

LINO. En serio; ya que han venido rodadas las cosas: escúchame.

MANOLO. ¿Sobre qué?

LINO. Sobre esto de la guerra y de la paz; sobre este negocio de amor; sobre esta chispa que ha brotado de pronto al vernos tú y yo, como la luz al contacto de dos carbones.

MANOLO. ¡Bravo, Linillo! El símil es un poco de perito electricista, pero no está mal. ¿Habrá corriente?

LINO. Hay corriente.

MANOLO. Pues soy toda oídos. Me gusta este modo de afrontar el asunto. ¡A la moderna, señor, a la moderna! ¿Un cigarrillo?

LINO. ¿Eh? Pero ¿tú fumas?

MANOLO. Ya lo ves. ¿No te agrada?

LINO. La verdad, no.

MANOLO. ¡Ah! ¿quieres fumar tú sólo? ¡Los hombres! El ancho del embudo.

LINO. Bueno, ya arreglaremos eso. Deja el cigarrillo por ahora.

MANOLO. Lo dejo, por consideración a la casa en que estamos, más que por ti.

LINO. Haces bien. Y ahora, atiende. Tú sabes que yo opino que casarse es una atrocidad.

MANOLO. De acuerdo. Entonces... ¡aquí acaba esta conversación!

LINO. No. Porque además opino que, atrocidad y todo, hay que hacerla.

MANOLO. ¡Ah!

LINO. Tú y yo congeniamos, está visto. ¡Pues vamos a hacer esa atrocidad!

MANOLO. Vamos a hacerla. Decisión no me falta. Te repito que me eres simpático.

LINO. Muchas gracias, Manola.

MANOLO. Pactemos condiciones. Sobre la base de los mismos derechos y los mismos deberes.

LINO. Con la limitación natural que supone la diferencia de sexos.

MANOLO. No, no; no empieces ya a barrer para dentro, Linillo. Sin limitación de ninguna clase. Un ejemplo, para que me comprendas bien: si un buen día nos quedamos sin cocinera—cosa que nos sucederá más de un buen día—, ¿quién guisa en casa?

LINO. Tú.

MANOLO. ¿Yo?

LINO. ¿Voy a guisar yo, con lo desmañado que soy? Esas son tareas propias de las mujeres, vida mía.

MANOLO. ¡Estas equivocado, corazón! ¡En todos los grandes hoteles hay cocinero! ¡Y en los barcos! ¡Y dondequiera que se come bien!

LINO. Sí, eso sí; pero yo no puedo comprometerme... ¡Yo de pasar un huevo por agua no me atrevo a pasar! En fin, cuando ocurra una cosa así... ¡pues nos vamos a comer a la calle!

MANOLO. A la calle. Muy bien. Otro punto.

LINO. Otro punto.

MANOLO. Tú, para casarte, te asearás un poquitillo más..

LINO. ¡Claro, mujer! ¡El día de la boda!...

MANOLO. ¿Cómo el día de la boda? ¡Todos los días!

LINO. Pero ¡por alguno hay que empezar! ¡Y prefiero que sea el de la boda!

MANOLO. Yo preferiría que fuese antes.

LINO. Pues antes. Por eso no hay riña. Una semana antes. ¡O un mes antes, para llegar al día de la boda con brillo! ¡Estoy convencido de que eso de lavarse no es más que cuestión de costumbre!...

MANOLO. Nada más. Adelante.

LINO. Esto va bien, ¿verdad?

MANOLO. Hasta ahora no va mal del todo.

LINO. Adelante. Si tenemos hijos...

MANOLO. Lo que Dios no quiera...

LINO. ¿Qué?

MANOLO. Lo que Dios no quiera. Las mujeres que trabajamos fuera de casa sentimos el santo temor de los hijos.

LINO. Es que tú no trabajarás cuando nos casemos, luz de mis ojos.

MANOLO. ¿Que no? Pues ¿qué voy a hacer, sangre de mis venas?

LINO. ¡Ocuparte de la casa!

MANOLO. ¿Y tú irte a la calle?

LINO. ¡Como es mi deber!

MANOLO. ¿Mientras yo me quedo encerrada limpiando el polvo a los muebles, haciendo pañitos de adorno y aguantando a todas las visitas que quieran ir? ¡Ca, hijo, ca!

LINO. Comprende que es lo lógico. ¿Has de marcharte a la calle tú y yo me he de quedar zurciendo calcetines?

Manolo. Descarta los zurcidos. Yo, medias zurcidas, no me pongo.

Lino. He dicho calcetines.

Manolo. Ni tú calcetines zurcidos tampoco. Mi marido no se pone calcetines zurcidos.

Lino. ¡Si no los va a ver nadie!

Manolo. ¡Con que los vea yo, basta y sobra!

Lino. Pues ese renglón va a cargar mucho el presupuesto.

Manolo. ¡Ah, el presupuesto!... ¡El presupuesto!... ¿Como cuántos hijos piensas tú tener?

Lino. ¡Todos los que tú tengas!

Manolo. ¡Qué comodidad!

Lino. Chica, hasta ahora... no hay otra manera de resolver eso.

Manolo. Y ¿quién va a criarlos?

Lino. Tú, naturalmente.

Manolo. ¿Yo también? Tenerlos, criarlos...

Lino. Y si no puedes tú — cosa que yo lamentaría, porque las amas me dan miedo —, pues o un ama, o una cabra, o un biberón. Lo que más te agrade.

Manolo. Y el biberón tendré que vigilarlo yo, porque tú no eres de fiar tocante a limpieza...

Lino. Y porque el biberón es un sustitutivo de...

Manolo. Ya, ya. Y si llora un niño y no hay quien lo calle ni lo consuele, he de sufrir yo la perrera, mientras tú andas por ahí de paseo o estás en el café con los amigotes...

Lino. Hija...

Manolo. Pues no me conviene. Pierdo mucho.

Lino. ¿No te conviene?

Manolo. ¡Ca! Estoy mejor así. Ni yo te convengo a ti tampoco, por las trazas. Piénsalo bien. Mejor te irá con María Nieves.

Lino. ¿Con tu hermana?

MANOLO. Sí.

LINO. Me gustas tú más que ella.

MANOLO. Pues ella es más bonita que yo.

LINO. ¡Ahí verás!

MANOLO. Necesitas secrificar algo tu gusto para casarte. Y María Nieves sueña con el hogar; como sueñas tú. Ella coser, ella hacer dulces, ella plancharle los pantalones al marido, ella ponerle cataplasmas si está ronco, ella llenar la casa de lazos y flores, ella tener hijos y criarlos...

LINO. María Nieves, ¿verdad?

MANOLO. Sí. ¿No lo sabes de sobra?

LINO. ¡Pues me das una idea!

MANOLO. Sí, sí; conmigo no cuentes.

LINO. No, ¿eh?

MANOLO. Para nada.

LINO. *Soltando la risa.* ¡Ja, ja, ja! ¡Ya van dos!

MANOLO. ¿Dos qué?

LINO. Nada; tonterías que yo pienso. ¡Para Castín esto sería una catástrofe! ¡Ja, ja, ja!

MANOLO. ¡Ja, ja, ja! ¡Y ya ves cómo lo tomamos nosotros! ¡A la moderna! ¿Te quedas? Yo me voy, que tengo que hacer.

LINO. Te acompaño.

MANOLO. Tomaremos juntos una cerveza.

LINO. ¡Bravo, Manolo! Oye: un chispazo de celos, todavía. ¿Qué hay de tu famoso temporero?

MANOLO. ¡Nada! Es cosa perdida enteramente. ¡Se le ha atravesado la ortografía! Ayer me escribió audiencia con hache.

LINO. ¡Bah! ¡Desprécialo!

Inopinadamente llega Cabecita por la puerta del foro, presa de cierta agitación, que se esfuerza en disimular.

LINO. ¿Qué es eso, Cabecita? ¿Tú también vienes huyendo de Castín?

CABECITA. Huyendo de Castín.

LINO. ¡Está inaguantable ese hombre! Pues ésta y yo nos vamos a la calle.

CABECITA. Hacéis bien.

LINO. Me ha convidado a una cerveza.

MANOLO. ¡Pero él no me consentirá que la pague!

LINO. ¡Claro que no!

MANOLO. ¡La natural galantería del sexo fuerte!...

LINO. ¡Claro que sí! ¡A la hora de pagar, no se nos discute! Hasta luego.

CABECITA. Hasta luego.

MANOLO. Mientras sigas tomando tan en serio a los hombres, vas a sufrir mucho.

Se va con Lino por la puerta del foro, canturreando.

Café cantante, cuadro flamenco...

CABECITA. *Obedeciendo a la obsesión que la domina.* ¿Será verdad? ¡No, no lo es! ¡Qué desgracia, si fuera verdad! ¡Pero no lo es! ¡Castín me lo ha dicho a mí, despechado! *Mirando hacia la puerta de la derecha y ocultándose.* ¡Ah! ¡Bien hice en venir! ¡Ahora mismo voy a averiguarlo!

Sale Teófilo en dirección a la del foro, en actitud de marcha. Cabecita lo deja llegar hasta ella, y casi cuando la va a traspasar, le habla. Teófilo se vuelve al oírla, turbadísimo.

CABECITA. *Fingiendo gran naturalidad.* ¿Adónde va usted tan aprisa?

TEÓFILO. ¡Cabecita! ¿Estaba usted ahí?

CABECITA. ¿Lo he asustado a usted?

TEÓFILO. No; asustarme, no; sorprenderme... Pasé sin verla...

CABECITA. ¿Es que se iba usted ya?

TEÓFILO. Sí. Ya hemos dado de mano a la labor de hoy.

CABECITA. Y ¿lleva usted prisa?

TEÓFILO. Ninguna.

CABECITA. Me pareció...

TEÓFILO. No... Es mi modo de andar...

CABECITA. Pues yo estaba ahí junto, y de pronto me saltó la idea de venir a preguntarle a usted...

TEÓFILO. ¿A preguntarme?

CABECITA. Sí.

TEÓFILO. ¿Qué quiere usted de mí, Cabecita?

CABECITA. Verá usted... De mi padre se trata.

TEÓFILO. ¡Ah!

CABECITA. ¿Qué había usted creído?

TEÓFILO. No; nada, nada... Esperaba, cabalmente, que fuera de eso. ¿Acaso sobre el mareíllo que ayer le dió...?

CABECITA. Justo. Él ha querido quitarle importancia; pero.. ¿Qué fué, en realidad?

TEÓFILO. Cosa insignificante, Cabecita. No se preocupe usted. Un reflejillo del estómago. Nada. Con el bocado en la boca se pone a trabajar... y eso, a sus años, no es prudente. Pero, tranquilícese usted.

CABECITA. Por lo ocurrido ya lo estoy. Sin embargo, no he de ocultarle a usted, ni tampoco necesitaría decírselo, cuánto me preocupa la vejez de mi padre. No sabe ni puede dejar sus trabajos, y ha de seguir dominado por ellos.

TEÓFILO. ¡Ah, sí! Es don Salustiano de esos hombres que mueren con las herramientas en la mano. Contra esa condición de su naturaleza se estrella todo intento de los demás.

CABECITA. Y usted al fin y al cabo, ¿lo abandona?

TEÓFILO. Abandonarlo, no; dejo tan sólo de prestarle mi colaboración asidua.

CABECITA. Pero, ¿se va usted de su lado?

TEÓFILO. Bien a pesar mío.

CABECITA. ¿A pesar suyo?

TEÓFILO. ¿Usted lo duda?

CABECITA. ¿Quién lo obliga a irse?...

TEÓFILO. Las circunstancias... ¡qué sé yo! ¡Se hacen voluntariamente tantas cosas contra la propia voluntad!

CABECITA. No lo entiendo.

TEÓFILO. Sí lo entiende usted, Cabecita; sí lo entiende. Voy a París a encargarme, probablemente, de la dirección de una nueva casa editorial: «Clásicos y Románticos Españoles». Es empresa de gran trascendencia para mí. Si la desenvuelvo con fortuna será, a no dudarlo, la resolución de mi porvenir; la tranquilidad de mi vida.

CABECITA. ¡La tranquilidad de su vida! Mucho es eso.

TEÓFILO. La tranquilidad material.

CABECITA. ¿Y la otra, Teófilo? No sólo de pan vive el hombre.

TEÓFILO. La otra, Dios la dé.

CABECITA. Pero usted, por de pronto...

TEÓFILO. ¡Qué remedio! *Pausa. Se miran larga y profundamente.* ¿Me manda usted algo más, Cabecita?

CABECITA. ¡Mandarle yo!... ¡Pobre de mí!...

TEÓFILO. Usted sabe que puede mandarme.

CABECITA. Usted quizá sepa que no puedo.

TEÓFILO. *Tras una breve vacilación.* En resumen: ¿qué más desea usted?

CABECITA. Preguntarle otra cosa.

TEÓFILO. ¿También sobre su padre?

CABECITA. No; sobre usted mismo.

TEÓFILO. Cabecita, me envanece y me alegra que usted quiera conocer algo tocante a mi pobre persona; pero, ¡si viera usted que ahora mismo esa curio-

sidad me entristece más de lo que ya estoy por mi partida!... Pregúnteme usted lo que quiera. Sólo hay una cosa que me aterra que usted me la pregunte.

Cabecita. ¿Una sola cosa?

Teófilo. Una sola.

Cabecita. Entonces... me callo.

Teófilo. ¡Por Dios, Cabecita, si lo ignora usted, no quiera conocerlo; y si no lo ignora... apiádese de mí... y déjeme escapar de su mirada!

Cabecita. Pero, ¿es cierto?

Teófilo. Es cierto. ¡Se cubre usted el rostro con las manos!... Es cierto. Debo confesárselo ya. Me engañó una mujer. No, no una mujer: me engañó mi esposa; me traicionó cruelmente. La que elegí entre todas; la que quise hacer mi compañera en este mundo. Así pagó el amor de mis veinte años locos y generosos. Destrozó mi vida y mi alma. Mi corazón sangra continuamente. Pero yo tengo el pudor de esta amargura, y la oculto, la escondo, como si yo hubiera sido el criminal. Y no la entierro, porque no hay en el mundo tierra bastante para taparla.

Cabecita. ¡Jesús! ¡Jesús!... ¿Tuvo usted algún hijo?

Teófilo. Uno tuve.

Cabecita. ¿Murió quizá?

Teófilo. No; vive con mis padres, en Zamora.

Cabecita. ¿Y la madre...?

Teófilo. Huyó. No sé dónde anda. Dejémosla.

Cabecita. ¡Pobre amigo mío! Pero, ¿cómo podrá una mujer...? ¡Y teniendo un hijo!... ¡Un hijo!... Las que tal vez hemos nacido para desearlos y no tenerlos nunca, ¡llenamos esa palabra de un amor, de una luz, de una fe!... ¿Querrá usted mucho al suyo?

Teófilo. Paso por alternativas muy dolorosas. Días hay en que quisiera volar de pronto a donde está y comérmelo a besos; otros, en que no quiero

ni recordar que existe. Así vivo, Cabecita, así vivo. ¡Ahora comprenderá usted tantas cosas!...

Cabecita. Comprendo, sí, comprendo... *Lo mira fijamente.* Y absuelvo su silencio constante, su reserva, su miedo a que este dolor pudiera correr de boca en boca... incomprendido acaso, desfigurado siempre. Y aun le pido perdón por haberle obligado a hablarme de él a mí.

Teófilo. Seguro estoy de que nadie lo siente mejor, ni lo lamenta más. *Ella baja los ojos.* Cabecita, respeto su rubor... pero ya necesito llegar hasta el fin.

Cabecita. *Turbada, temerosa.* ¡Por Dios, Teófilo!

Teófilo. ¡Hasta el fin! Ya sabe usted bien... ya sabes bien por lo que he callado, por lo que me ausento, por lo que huyo; porque yo, conociendo tu casa, tu vida, tus sentimientos, tus ideas y el ambiente moral en que vives tradicionalmente, sabía por mi parte que conocer tú mi historia y apartarte de mí iba a ser todo uno; que tú, que ya no podías ser mi esposa, no querrías ni podrías ser mi amante...

Cabecita. ¡Tu amante!

Teófilo. ¡Te hiere la palabra; te asusta!

Cabecita. ¿Cómo no? Usted lo ha dicho... tú lo has dicho: ¡es mi educación, es mi moralidad, es todo el aire que respiro! Lo dejo a usted ir... ¡te dejo ir! en nombre de un deber contradictorio, absurdo acaso... ¡pero deber al fin! ¡Así hemos de llamarle para poder vivir resignadas!

Teófilo. ¿Y si esto fuese la felicidad que nos está llamando a gritos?

Cabecita. ¿Qué?

Teófilo. Cabecita, solos estamos en la casa.

Cabecita. ¡Teófilo!

Teófilo. ¿Por qué ha de recaer sobre mí culpa que no es mía? ¿Por qué no he de tener yo un hogar?

CABECITA. Puedes tenerlo: busca otra mujer que te quiera...

TEÓFILO. ¡Otra mujer! ¿Tú, no?

CABECITA. ¡Yo, no! Tú mismo has dicho que es imposible.

TEÓFILO. ¿Hasta cuándo?

CABECITA. Hasta siempre.

TEÓFILO. En otro país...

CABECITA. En otro país no sería tampoco sino tu amante. Tu esposa es la otra: la madre de tu hijo.

TEÓFILO. ¡No! ¡no!

CABECITA. ¡Sí! ¡Por desgracia, sí!

TEÓFILO. Pero, ¿no es horrible esto, Cabecita?

CABECITA. Lo es; pero es así. Déjame.

TEÓFILO. *Con resolución, después de mirarla hondamente.* Ya te dejo, Cabecita; tú al cabo fundarás un hogar... y serás dichosa. Yo vendré algún día a verlo de cerca, y a bañarme en esa felicidad... y a envidiarla.

Le tiende una mano que ella le estrecha conmovida, en silencio, y se va. Cabecita rompe a llorar entonces, y una vez que le es posible hablar, exclama:

CABECITA. ¡Dios mío! ¿Por qué nunca llama el amor a mi puerta de modo que yo pueda abrirle? ¿Quién? ¡Ah! Don Celio.

Vuelve éste, en efecto, por donde se marchó.

DON CELIO. ¡Cabecita! Hoy no te había visto. ¡Qué sola te han dejado!

CABECITA. Sí.

DON CELIO. ¿Qué tienes? ¿Has llorado, criatura?

CABECITA. *Sonriendo.* No...

DON CELIO. ¿No? Pues vas a llorar. Tus ojos están cargados de lágrimas. Ven aquí... no te apures...

CABECITA. ¡Padrino!

DON CELIO. ¡Ven aquí, vivo reflejo de aquella mujer inolvidable! Sé lo que pasa en tu corazón...

No te apures... Aunque ahora creas que ya no vuelve a salir el sol en tu cielo, aún has de ver muchas auroras. No te apures. A tus años esas heridas cicatrizan pronto. Yo te voy a buscar un novio como tú lo sueñes, como tú lo pintes.

Cabecita. ¡Padrino!

Don Celio. ¡Y os llevaré la cesta! ¡Y os acompañaré al paseo y al teatro... y a donde os plazca! ¡No seré una *carabina*, seré un *fusil!*

Cabecita. ¡Qué gana de broma tiene usted siempre!

Don Celio. ¿Broma? ¡Ya lo verás!

De repente se oye allá en el recibimiento de la casa gran algarabía de voces femeninas. Son la prima Leonor, María Nieves y Eladia, que llegan cargadas de juguetes, unos guardados en sus cajas y otros descubiertos. María Nieves trae una muñeca.

Cabecita. ¡Ahí están ya las chicas y la prima!

Don Celio. Sí; no mienten las señales.

María Nieves. *Saliendo.* ¡Al comedor, al comedor!

Eladia. Sí; vamos al comedor a verlos todos juntos.

Prima Leonor. ¡Don Celio! ¿Por aquí todavía?

Don Celio. Pero me marcho ya. ¡En cuanto usted llega!

María Nieves. Ven, Cabecita. ¡Verás cuántos juguetes traemos! ¡Para todos los chicos, para todos!

Eladia. ¡Se ha gastado un dineral la prima!

María Nieves. ¡Y los que vendrán luego! ¡Un caballo para tu ahijado! ¡Y un toro para el mío!

Eladia. ¡Y una batería de cocina para la mayorcita de Paula!

Prima Leonor. Vamos, vamos al comedor.

Se entran por la puerta de la derecha, charloteando.

Don Celio. Anda, Cabecita, vé con ellas. ¡Aní-

mate! Y no olvides esto que te digo: el corazón, mientras tiene cuerda, está latiendo por el corazón compañero que ha de latir con él.

CABECITA. Pero, ¿y si no se encuentran?...

DON CELIO. Se encuentran... se encuentran... ¿Por qué no?

Sale por la puerta de la derecha don Salustiano, muy gozoso.

DON SALUSTIANO. ¡Je! ¡Pitillo! ¡Ha comprado Leonor un bazar! ¡Qué chifladura! ¡Ya están mis hijas en sus glorias, Celio! ¡Ya están en sus glorias!

Se va por la puerta del foro, abstraído, inventando y entonando otra frase de ópera.

Venga la morte! Il momento supremo!...
Il momento supremo!...

DON CELIO. Ellas en sus glorias... y él en Belén, con los pastores. Vé con ellas tú.

CABECITA. Ahora voy, sí.

DON CELIO. Hasta mañana, niña mía.

CABECITA. Hasta mañana, papaíto.

DON CELIO. Adiós. *Vase también por la puerta del foro.*

ELADIA. *Gritando desde dentro.* ¡Cabecita! Pero, ¿qué haces?

MARÍA NIEVES. *Lo mismo.* ¡Cabecita!

CABECITA. ¡Allá voy!

PRIMA LEONOR. *También desde dentro.* ¡Ven, mujer, ven!

CABECITA. ¡La alegría de los hijos ajenos!... Me refugiaré en ella, por si Dios no quiere darme la otra.

Va lentamente hacia la puerta de la derecha, mientras cae el telón.

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, marzo, 1926.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

JUGUETES CÓMICOS

(PRIMEROS ENSAYOS)

Esgrima y amor.—Belén, 12, principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—Las casas de cartón.

COMEDIAS Y DRAMAS

EN UN ACTO

La reja.—La pena.—La azotea.—Fortunato.—Sin palabras.—Pedro López.

EN DOS ACTOS

La vida íntima.—El patio.—El nido.—Pepita Reyes.—El amor que pasa.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.—La escondida senda.—Doña Clarines.—La rima eterna.—Puebla de las Mujeres.—La consulesa.—Dios dirá.—El ilustre huésped.—Así se escribe la historia.—Febrerillo el loco.—Pasionera.

EN TRES O MÁS ACTOS

Los Galeotes.—Las flores.—La dicha ajena.—La zagala.—La casa de García.—La musa loca.—El genio alegre.—Las de Caín.—Amores y amoríos.—El centenario.—La flor de la vida.—Malvaloca.—Mundo, mundillo...—Nena Teruel.—Los Leales.—El duque de Él.—Cabrita que tira al monte...—Marianela.—Pipiola.—Don Juan, buena persona.—La calumniada.—El mundo es un pañuelo.—Ramo de locura.—La prisa.—Antón Caballero.—Las vueltas que da el mundo.—Cristalina.—Concha la Limpia.—Mi hermano y yo.—Cancionera.—La boda de Quinita Flores.—Las de Abel.

SAINETES Y PASILLOS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El género ínfimo.—Los meritorios.—La reina mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—Fea y con gracia.—La mala sombra.—El patinillo.—Isidrín o Las cuarenta y nueve provincias.—Los marchosos.—La del Dos de Mayo.—Vámonos.—La suerte. Las muertes de Lopillo.

ENTREMESES Y PASOS DE COMEDIA

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flechazo.—La zahorí.—El nuevo servidor.—Mañana de sol.—La pitanza.—

Los chorros del oro.—Morritos.—Amor a oscuras.—Nanita nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—A la luz de la luna.—El agua milagrosa.—Las buñoleras.—Sangre gorda.—Herida de muerte.—El último capítulo.—Solico en el mundo.—Rosa y Rosita.—Sábado sin sol.—Hablando se entiende la gente.—¿A quién me recuerda usted?—El cerrojazo.—Los ojos de luto.—Lo que tú quieras.—Lectura y escritura.—La cuerda sensible.—Secretico de confesión.—La Niña de Juana o El descubrimiento de América.—El corazón en la mano.—La sillita.—La moral de Arrabales.—La flor en el libro.—La seria.—El mal ángel.—El cuartito de hora.—La quema.—Cabellos de plata.—Las benditas Máscaras. — Acacia y Melitón. — Ganas de reñir. — El pie. — El último papel.

ZARZUELAS

EN UN ACTO

El peregrino.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el «botijo»!—El amor en solfa.—La patria chica.—La muela del rey Farfán.—El amor bandolero.—Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.—La casa de enfrente.

EN DOS O MÁS ACTOS

Anita la Risueña.—Las mil maravillas.—Los pápiros.

MONÓLOGOS

Palomilla.—El hombre que hace reír.—Chiquita y bonita.—Polvorilla el Corneta.—La historia de Sevilla.—Pesado y medido. Revoloteo.

VARIAS

El amor en el teatro.—La contrata.—La aventura de los galeotes.—Cuatro palabras.—Carta a Juan Soldado.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Becqueriana.—Rinconete y Cortadillo.—Castañuela, arbitrista.—Dos pesetas.—Pepita y Don Juan.

Pompas y honores, *capricho literario en verso. Fernando Fé, Madrid.*

Fiestas de amor y poesía, *colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas. Manuel Marín, Barcelona.*

La madrecita, *cuadros de costumbres. Biblioteca Nueva, Madrid.*

La mujer española, *una conferencia y dos cartas. Biblioteca Hispania, Madrid.*

Ruido de faldas, *pasos y entremeses escogidos, con un prólogo sobre el trabajo de la mujer. Enciclopedia, Madrid.*

EDICIONES ESCOLARES:

Doña Clarines y Mañana de sol, *Edited with introduction, notes and vocabulary by S. Griswold Morley, Ph. D. Assistant Professor of Spanish, University of California.—Heath's Modern Language Series.—Boston, New York, Chicago.*

Las de Caín, *Edited with notes, exercises and vocabulary by Z. Eilene Lamb, Ann Arbor High School, and Norman L. Willey, University of Michigan.—Allyn and Bacon.—Boston, New York, Chicago, Atlanta, San Francisco.*

TRADUCCIONES

AL ITALIANO:

I Galeoti.—Il patio.—I fiori *(Las flores)*.—La pena.—L'amore che passa.—La Zanze *(La Zagala)*, por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

Anima allegra *(El genio alegre)*, por Juan Fabré y Oliver y Luigi Motta.

Le fatiche di Ercole *(Las de Caín)*, por Juan Fabré y Oliver.

I fastidi della celebrità *(La vida íntima)*, por Giulio de Medici.

La casa di García.—Al chiaro di luna.—Amore al buio *(Amor a oscuras)*, por Luigi Motta.

Il centenario, por Franco Liberati.

Donna Clarines, por Giulio de Frenzi.

Ragnatelle d'amore *(Puebla de las Mujeres)*, por Enrico Tedeschi.

Mattina di sole.—L'ultimo capitolo.—Il fiore della vita.—Malvaloca.—Jettatura *(La mala sombra)*.—Anima malata *(Herida de muerte)*.—Chi mi ricorda lei? *(¿A quién me recuerda usted?)*—Così si scrive la storia, por Gilberto Beccari y Luigi Motta.

Anima gitana *(Cabrita que tira al monte...)*, por Carlo Boselli.

Il mondo è un fazzoletto *(El mundo es un pañuelo)*, por Italo Zingarelli.

AL VENECIANO:

Siora Chiareta *(Doña Clarines)*, por Gino Cucchetti.

El paese de le done *(Puebla de las Mujeres)*, por Carlo Monticelli.

AL ALEMÁN:

Ein Sommeridyll in Sevilla *(El patio)*.—Die Blumen *(Las flores)*.—Die Liebe geht vorüber (*El amor que pasa*).— Lebenslus *(El genio alegre)*, por el Dr. MAX BRAUSEWETTER.

Das fremde Glück *(La dicha ajena)*, por J. GUSTAVO ROHDE.

Ein sonniger Morgen *(Mañana de sol)*, por MARY V. HAKEN.

Begegnung *(Mañana de sol)*, por FRANZISKA BECKER y S. GRÄFENBERG.

AL FRANCÉS:

Matinée de soleil *(Mañana de sol)*, por V. BORZIA.

La fleur de la vie *(La flor de la vida)*, por GEORGES LAFOND y ALBERT BOUCHERON.

Le patio.—Le chouchou *(El ojito derecho)*, por MAURICE COINDREAU.

L'amour qui passe *(El amor que pasa)*, por GERMAINE DURCOS-CENOZ y ROGER MARTIN DU GARD.

AL HOLANDÉS:

De bloem van het leven *(La flor de la vida)*, por N. SMIDT-REINEKE.

AL PORTUGUÉS:

O genio alegre.—Mexericos *(Puebla de las Mujeres)*.—Malvaloca.—O mundo é tão pequeno... *(El mundo es un pañuelo)*, por JOÃO SOLER.

Marianela.—Assim se escreve a historia.—Segredo de confissão, por ALICE PESTANA (Caïel).

A Dama Branca *(Doña Clarines)*.—O centenario.—Cristalina, por ALBERTO DE MORAES.

AL INGLÉS:

A morning of sunshine *(Mañana de sol)*, por MRS. LUCRETIA XAVIER FLOYD.

Malvaloca, por JACOB S. FASSETT, JR.

By their words ye shall know them *(Hablando se entiende la gente)*, por JOHN GARRETT UNDERHILL.

The Fountain of Youth *(La flor de la vida)*, por SAMUEL N. BAKER.

Reading and Writing *(Lectura y escritura)*, por BEATRICE ERSKINE.

TEATRO COMPLETO DE LOS AUTORES

ORDEN DE LA PUBLICACIÓN

Tomo I. —PRIMEROS ENSAYOS

Prólogo. — Esgrima y amor. — Belén, 12, principal. — Gilito. — La media naranja. — El tío de la flauta. — El peregrino. — Las casas de cartón.—La reja.—Apéndice.

Tomo II. —COMEDIAS Y DRAMAS

La vida íntima.— El patio.—Los Galeotes.

Tomo III. —COMEDIAS Y DRAMAS

La pena. — La azotea. — El nido. — Las flores.

Tomo IV. —SAINETES Y ZARZUELAS

La buena sombra. — Los borrachos. — El traje de luces.—El motete.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el «botijo»!

Tomo V. —COMEDIAS Y DRAMAS

La dicha ajena.—Pepita Reyes.—Mañana de sol.

Tomo VI. —COMEDIAS Y DRAMAS

La zagala.— Amor a oscuras.— La casa de García.—A la luz de la luna.

Tomo VII.—PIEZAS BREVES

El ojito derecho. — El chiquillo. — Los piropos. — El flechazo. — El amor en el teatro.—Los meritorios.—La zahorí.—La contrata.—El nuevo servidor.—La aventura de los Galeotes.

Tomo VIII.—COMEDIAS Y DRAMAS

El amor que pasa.—El agua milagrosa.—La musa loca.—Herida de muerte.

Tomo IX. —COMEDIAS Y DRAMAS

El genio alegre.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.

Tomo X. – SAINETES Y ZARZUELAS

El género ínfimo.—La reina mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—El amor en solfa.—La mala sombra.

Tomo XI. —COMEDIAS Y DRAMAS

La escondida senda.—El último capítulo.—Las de Caín.—Sin palabras.

Tomo XII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Amores y amoríos.—¿A quién me recuerda usted?—Doña Clarines.—Los ojos de luto.

Tomo XIII.—PIEZAS BREVES

La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.—Nanita, nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—Las buñoleras.—Cuatro palabras.—Sangre gorda.—Carta a Juan Soldado.—Solico en el mundo.—Palomilla.

Tomo XIV. —COMEDIAS Y DRAMAS

El centenario.—La flor de la vida —La rima eterna.

Tomo XV. —COMEDIAS Y DRAMAS

Puebla de las Mujeres.—Lo que tú quieras.—Malvaloca.—La cuerda sensible.

Tomo XVI. —SAINETES Y ZARZUELAS

La patria chica.—Las mil maravillas. El patinillo.—La muela del rey Farfán.

Tomo XVII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Mundo, mundillo...—Fortunato —Nena Teruel.

Tomo XVIII.—COMEDIAS Y DRAMAS

Los Leales.—La consulesa.—Dios dirá.—El corazón en la mano.

Tomo XIX. —PIEZAS BREVES.

Rosa y Rosita.—El hombre que hace reír.—Sábado sin sol.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Hablando se entiende la gente.—Chiquita y bonita. Polvorilla el corneta.—El cerrojazo.—La historia de Sevilla.—Lectura y escritura.—Pesado y medido.—Secretico de confesión

Tomo XX. —COMEDIAS Y DRAMAS

El Duque de Él.—El ilustre huésped. Cabrita que tira al monte...

Tomo XXI. —COMEDIAS Y DRAMAS

Marianela.—Así se escribe la historia.—Pipiola.

Tomo XXII. —SAINETES Y ZARZUELAS

Fea y con gracia. — Anita la risueña. El amor bandolero. — Isidrín o Las cuarenta y nueve provincias. — Becqueriana. — Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.

Tomo XXIII. —COMEDIAS Y DRAMAS

Don Juan, buena persona. — Pedro López.—La calumniada.

Tomo XXIV. —COMEDIAS Y DRAMAS

Febrerillo el loco.—El mundo es un pañuelo.—Pasionera.

Tomo XXV. —PIEZAS BREVES

La niña de Juana o El descubrimiento de América.— La sillita.—Castañuela, arbitrista.—La seria.—El mal ángel. El cuartito de hora. — Cabellos de plata.—Acacia y Melitón.— Ganas de reñir. — Dos pesetas. — Vámonos. — Revoloteo.

Tomo XXVI. —COMEDIAS Y DRAMAS

Ramo de locura.—La moral de Arrabales.—La prisa.—La flor en el libro.

Tomo XXVII.—COMEDIAS Y DRAMAS

Antón Caballero.— La quema. — Las vueltas que da el mundo. — Las benditas Máscaras.

Tomo XXVIII.—SAINETES Y ZARZUELAS

Rinconete y Cortadillo.—La casa de enfrente. — Los marchosos. — La del Dos de Mayo.—Los pápiros.

Tomo XXIX. — COMEDIAS Y DRAMAS

Cristalina.—Concha la Limpia.—Mi hermano y yo.

Tomo XXX. — COMEDIAS Y DRAMAS

Cancionera.—Pepita.—Don Juan.—La boda de Quinita Flores.—El último papel.

Esta colección continuará enriqueciéndose en lo porvenir con las nuevas obras que produzcan los hermanos Álvarez Quintero, las cuales se agruparán en tomos siguiendo el mismo método.

El orden de publicación de los tomos se alterará siempre que la última edición particular de alguna de las obras esté agotada y se considere conveniente su pronta reimpresión.

PUBLICADOS:

Tomos I, II, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX, X, XI, XII, XIII, XIV.

EN PRENSA:

Tomo XV.

PRECIO DE CADA TOMO: 5 PESETAS

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA

FERRAZ, 21

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

PRADO, 24

PRECIO: 3 PESETAS